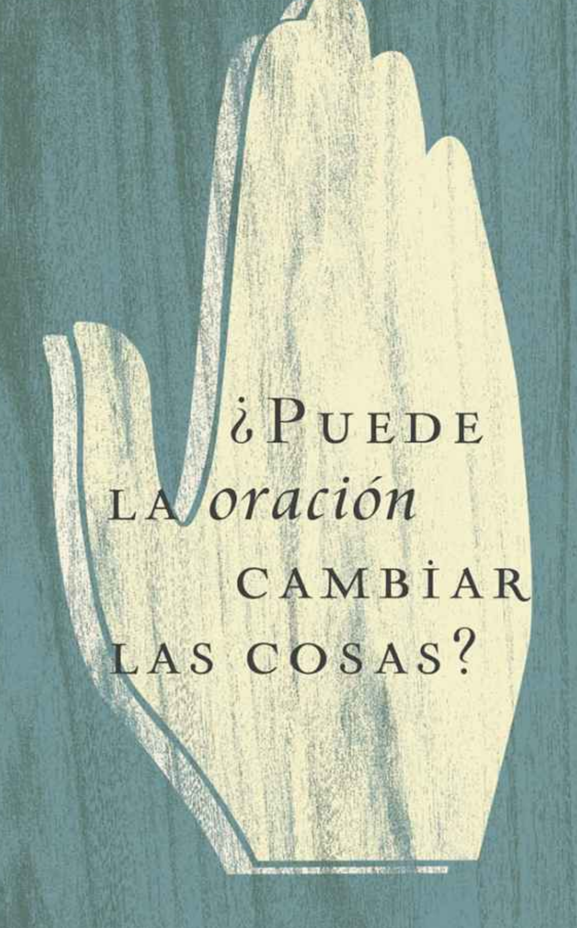


¿Puede la *oración* cambiar las cosas?

R.C. Sproul

Preguntas Cruciales
No. 3

PUEDE LA *oración* CAMBIAR LAS COSAS?

La Serie Preguntas Cruciales
por R. C. Sproul

¿QUIÉN *Es* JESÚS?
¿PUEDO CONFIAR EN *la* BIBLIA?
¿PUEDE LA *Oración* CAMBIAR LAS COSAS?
¿PUEDO *Conocer* LA VOLUNTAD DE DIOS?
¿CÓMO DEBO *Vivir* EN ESTE MUNDO?
¿QUÉ SIGNIFICA *Nacer* DE NUEVO?
¿PUEDO ESTAR SEGURO DE QUE *Soy* SALVO?
¿QUÉ *Es* LA FE?
¿QUÉ PUEDO HACER *con* MI CULPA?
¿QUÉ *Es LA* TRINIDAD?
¿QUÉ *Es EL* BAUTISMO?
¿PUEDO TENER *Gozo EN* MI VIDA?
¿QUIÉN ES *el* ESPÍRITU SANTO?
¿CONTROLA DIOS *Todas* LAS COSAS?

¿CÓMO PUEDO DESARROLLAR UNA *Conciencia* CRISTIANA?

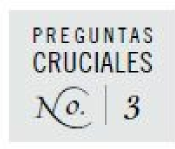
¿QUÉ ES LA *Cena* DEL SEÑOR?

¿QUÉ *es LA* IGLESIA?

¿QUÉ *es el* ARREPENTIMIENTO?

¿CUÁL ES *la relación entre* LA IGLESIA *y el* ESTADO?

¿ESTAMOS EN *los* ÚLTIMOS DÍAS?



¿Puede la *oración* cambiar las cosas?

R.C. Sproul

Reformation Trust A DIVISION OF LIGONIER MINISTRIES, ORLANDO, FL

¿Puede la oración cambiar las cosas?

Publicado anteriormente como *Effective Prayer* (1984), y como *Following Christ* (1991) por Tyndale House Publishers, y como *Does Prayer Change Things?* por Ligonier Ministries (1999).

Publicado por Reformation Trust Publishing,
Una división de Ligonier Ministries
421 Ligonier Court, Sanford, FL 32771
Ligonier.org   ReformationTrust.com

Diseño de portada: GearBox Studios
Diseño interior: Katherine Lloyd, The DESK
Traducción al español: Elvis Castro, Proyecto Nehemías
Diagramación en español: Pamela Figueroa, Proyecto Nehemías

Conversión de ebook: Fowler Digital Services
Formateado por: Ray Fowler

A menos que se indique algo distinto, las citas bíblicas están tomadas de *La Santa Biblia, Versión Reina Valera Contemporánea*. Derechos reservados.

Las citas bíblicas marcadas con NVI están tomadas de La *Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*.

Las citas bíblicas marcadas con DHH están tomadas de *La Santa Biblia, Dios Habla Hoy*.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data
Sproul, R. C. (Robert Charles), 1939-
[Effective Prayer]

¿Puede la oración cambiar las cosas? / R. C. Sproul.
p. cm. -- (Serie Preguntas Cruciales)
Publicado originalmente como: Effective Prayer, 1984. Following Christ, Wheaton,
Ill.: Tyndale House Publishers, 1992. Does Prayer Change Things? Ligonier Ministries, 1999
ISBN 978-1-56769-178-8
1. Oración – cristianismo. I. Sproul, R. C. (Robert Charles), 1939- Following Christ.
II. Título.
BV220.S68 2009
248.3’2--dc22
2009018823

Contenido



Capítulo Uno

EL LUGAR DE LA ORACIÓN

¿Cuál es el objetivo de la vida cristiana? Es la piedad nacida de la obediencia a Cristo. La obediencia desata las riquezas de la experiencia cristiana. La oración suscita y cultiva la obediencia, poniendo el corazón en la adecuada "disposición mental" para desear la obediencia.

Desde luego, el conocimiento también es importante porque sin él no podemos saber lo que Dios requiere. Sin embargo, el conocimiento y la verdad serán conceptos abstractos a menos que tengamos comunión con Dios

mediante la oración. El Espíritu Santo enseña, inspira, e ilumina la Palabra de Dios en nosotros. Él nos comunica la Palabra de Dios y nos asiste en nuestra respuesta al Padre en oración.

En palabras simples, la oración ocupa un lugar vital en la vida del cristiano. Alguien podría orar y no ser cristiano, pero no se puede ser cristiano y no orar. Romanos 8:15 nos dice que la adopción espiritual que nos ha hechos hijos de Dios nos hace clamar en expresiones verbales: "¡Abba! ¡Padre!". La oración es al cristiano lo que la respiración es a la vida, y no obstante no hay un deber del cristiano que esté más descuidado.

La oración, al menos la oración privada, es difícil de realizar por un motivo falso. Uno puede predicar por motivos falsos, como hacen los falsos profetas. Uno puede involucrarse en actividades cristianas por motivos falsos. Muchos de los aspectos externos de la religión pueden realizarse por motivos falsos. Sin embargo, es altamente improbable que alguien se comunique con Dios por algún motivo inapropiado.

Se nos invita, incluso se nos ordena orar. La oración es tanto un privilegio como un deber, y un deber puede volverse laborioso. La oración, como cualquier medio de crecimiento para el cristiano, exige esfuerzo. En cierto sentido, la oración no es natural en nosotros. Aunque fuimos creados para tener amistad y comunión con Dios, los efectos de la caída nos han dejado a la mayoría de

nosotros perezosos e indiferentes respecto a algo tan importante como la oración. El nuevo nacimiento despierta un nuevo deseo de comunión con Dios, pero el pecado resiste al Espíritu.

Podemos hallar consuelo en el hecho de que Dios conoce nuestro corazón y oye las peticiones que callamos lo mismo que las palabras que fluyen de nuestros labios. Cada vez que somos incapaces de expresar los profundos sentimientos y emociones de nuestra alma o cuando estamos totalmente inciertos acerca de cómo deberíamos orar, el Espíritu Santo intercede por nosotros. Romanos 8:26-27 dice: "El Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad, pues no sabemos qué nos conviene pedir, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Pero el que examina los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque intercede por los santos conforme a la voluntad de Dios". Cuando no sabemos cómo orar o qué pedir en determinada situación, el Espíritu Santo nos ayuda. Hay motivo para creer, a partir del texto, que si oramos en forma incorrecta, el Espíritu Santo corrige los errores en nuestras oraciones antes de llevarlas ante el Padre, porque el verso 27 nos dice que él "intercede por los santos conforme a la voluntad de Dios".

La oración es el secreto de la santidad —si es que en realidad la santidad tiene algo de secreto. Si examinamos la vida de los grandes santos de la iglesia, encontramos

que eran grandes hombres de oración. John Wesley señaló una vez que él no tenía en mucha estima a los ministros que no pasaban al menos cuatro horas diarias en oración. Lutero decía que él regularmente oraba una hora diaria excepto cuando tenía un día especialmente ocupado. Entonces oraba dos horas.

El descuido de la oración es un importante una importante causa de estancamiento en la vida cristiana. Considera el ejemplo de Pedro en Lucas 22:39-62. Jesús fue al Monte de los Olivos a orar, como de costumbre, y les dijo a sus discípulos: "Oren para que no caigan en tentación". No obstante, los discípulos se quedaron dormidos. A continuación, Pedro intentó tomar el ejército romano con una espada; luego negó a Cristo. Pedro no oró, y a consecuencia de ello cayó en tentación. Lo que es cierto sobre Pedro es cierto sobre todos nosotros: caemos en privado antes de que caigamos en público.

¿Existe un tiempo adecuado y uno inadecuado para orar? Isaías 50:4 habla de la mañana como el tiempo en que Dios da el deseo de orar diariamente. Pero otros pasajes mencionan momentos de oración durante todas las horas del día. Ninguna parte del día ha sido separada por estar más santificada que otra. Jesús oró en la mañana, durante el día, y a veces toda la noche. Existe evidencia de que él tenía un tiempo separado para orar; sin embargo, considerando la relación que Jesús tenía con el Padre, sabemos que la comunión entre ellos nunca se

interrumpió.

1 Tesalonicenses 5:17 nos ordena que oremos sin cesar. Eso significa que debemos estar en un estado continuo de comunión con nuestro Padre.

La oración, pues, es central y crucial en la vida del cristiano. Veamos en mayor profundidad esta vital pero descuidada y malentendida disciplina cristiana.



El propósito de la oración

Nada se escapa de la mirada de Dios; nada traspasa los límites de su poder. Dios tiene la autoridad en todas las cosas. Si tan solo un instante yo pensara que una sola molécula anduviera suelta por el universo fuera del control y dominio del Dios todopoderoso, no podría dormir esta noche. Mi confianza en el futuro descansa en la confianza en el Dios que controla la historia. ¿Pero cómo ejerce Dios ese control y manifiesta esa autoridad?

¿Cómo lleva Dios a cabo las cosas que decreta soberanamente?

Agustín dijo que nada ocurre en el universo ajeno a la voluntad de Dios y que, en cierto sentido, Dios ordena todo lo que acontece. Agustín no pretendía absolver a los hombres de la responsabilidad por sus actos, pero su enseñanza plantea una pregunta: si Dios es soberano sobre los actos e intenciones de los hombres, ¿qué objeto tiene orar? Una inquietud secundaria gira en torno a la pregunta: "¿Puede la oración cambiar algo realmente?".

Quiero contestar la primera pregunta señalando que el Dios soberano ordena en su santa Palabra que oremos. La oración no es opcional para el cristiano; es una exigencia.

Podríamos preguntar: "¿Qué tal si nada cambia?". Ese no es el punto. Independientemente de si la oración causa algún beneficio, si Dios nos ordena que oremos, debemos orar. Es motivo suficiente que el Señor Dios del universo, el Creador y Sustentador de todas las cosas, lo ordene. No obstante, él no solo nos ordena que oremos, sino que también nos invita a dar a conocer nuestras peticiones. Santiago dice que no tenemos porque no pedimos (Santiago 4:2). También nos dice que la oración del justo es efectiva (Santiago 5:16). Una y otra vez la Biblia dice que la oración es un instrumento eficaz. Es útil; funciona.

En la *Institución de la religión cristiana*, Juan Calvino hace algunas profundas observaciones respecto a la oración:

Alguien podría preguntarse si Dios no está lo suficientemente informado sin que se le advierta de lo que nos pesa y de lo que consideraríamos necesario. Así, no tendría sentido pedir nada con oraciones, igual que no solemos pedir nada a quienes ante nuestros asuntos no tienen interés y se duermen.

Las personas que así se expresan no se dan cuenta de con qué finalidad enseñó nuestro Señor a los suyos a orar. Dios no ordenó la oración por su causa, sino por causa de nosotros. Él quiere que se le entregue legítimamente lo que es suyo. Es justo que los hombres reconozcan que todo lo que les es provechoso y lo que pueden desear procede de Dios, y que den testimonio de ello con la oración. Pero este servicio que honra a Dios solo tiene eficacia para nosotros. Por eso los santos padres se sentían tanto más movidos a orar a Dios cuando más seguros estaban de sus beneficios tanto hacia ellos como hacia los demás…

Nos es necesario implorar asiduamente a

> Dios: Primero, para que nuestro corazón se inflame de un inmenso y ardiente deseo de siempre buscarlo, amarlo y honrarlo, debemos habituarnos a encontrar en él nuestro refugio, en todas las circunstancias, como único puerto de salvación.
>
> Después, para que nuestro corazón no se vea turbado por ningún deseo de esos que no nos atrevemos a poner fácilmente al descubierto, como lo hacemos al manifestarle abiertamente todo nuestro afecto y, por así decirlo, abriéndole todo nuestro corazón.
>
> Además, con el fin de estar preparados para recibir sus beneficios con un verdadero reconocimiento y con acción de gracias, porque por medio de la oración sabemos que nos vienen de su mano. (Calvino, *Institución de la religión cristiana* [Grand Rapids: Libros Desafío, 2012], Libro III, Capítulo XX, sección 3).

La oración, como todo lo demás en la vida cristiana, es para la gloria de Dios y para nuestro beneficio, en ese orden. Todo lo que Dios hace, todo lo que Dios permite y ordena, es en el sentido supremo para su gloria. También es cierto que mientras Dios busca en forma suprema su

propia gloria, el ser humano se beneficia cuando Dios es glorificado. Oramos para glorificar a Dios, pero también oramos a fin de recibir de su mano los beneficios de la oración. La oración es para nuestro provecho, aun considerando el hecho de que Dios conoce el final desde el principio. Es nuestro privilegio llevar la totalidad de nuestra existencia finita a la gloria de su infinita presencia.

Un discurso con Dios

Uno de los grandes tópicos de la Reforma fue la idea de que todo en la vida debe vivirse bajo la autoridad de Dios, para la gloria de Dios, en la presencia de Dios. La oración no es simplemente un soliloquio, un mero ejercicio de autoanálisis terapéutico, o una recitación religiosa. La oración es un discurso con el propio Dios personal. Allí, en el acto y la dinámica de la oración, yo pongo mi vida entera bajo su mirada. Sí, él sabe lo que hay en mi mente, pero aun así tengo el privilegio de expresarle lo que hay ahí. Él dice: “Ven. Habla conmigo. Dame a conocer tus peticiones”. Así que venimos a fin de conocerlo y ser conocidos por él.

Hay algo erróneo en la pregunta “si Dios lo sabe todo, ¿para qué orar?”. La pregunta asume que la oración es unidimensional y se define simplemente como súplica o intercesión. Al contrario, la oración es multidimensional.

La soberanía de Dios no arroja sombra alguna sobre la oración de adoración. La presciencia o consejo predeterminado de Dios no invalida la oración de alabanza. Lo único que debería hacer es darnos mayor motivo para expresar nuestra adoración por quién es Dios. Si Dios sabe lo que voy a decir antes de decirlo, su conocimiento, en lugar de limitar mi oración, refuerza la belleza de mi alabanza.

Mi esposa y yo estamos tan cercanos como pueden estar dos personas. A menudo yo sé lo que va a decir casi antes de que lo diga. Lo mismo ocurre a la inversa. Pero aun así me gusta oírla decir lo que hay en su mente. Si eso es cierto del ser humano, ¿cuánto más lo será de Dios? Tenemos el inigualable privilegio de compartir nuestros pensamientos más íntimos con Dios. Desde luego, simplemente podríamos entrar en nuestro recinto de oración, dejar que Dios lea nuestra mente, y llamar a eso oración. Pero eso no es comunión y ciertamente no es comunicación.

Somos criaturas que se comunican primordialmente a través del habla. La oración verbalizada obviamente es una forma de habla, un medio por el que tenemos comunión y nos comunicamos con Dios. En cierto sentido la soberanía de Dios debería influenciar nuestra actitud hacia la oración, al menos respecto a la adoración. Si algo provoca en nosotros nuestra comprensión de la soberanía de Dios, debería ser una intensa vida de oración de

agradecimiento. A causa de tal conocimiento, deberíamos ver que cada beneficio, cada don bueno y perfecto, es una expresión de la abundancia de su gracia. Mientras más entendemos la soberanía de Dios, más deberían llenarse nuestras oraciones de gratitud.

¿De qué manera podría la soberanía de Dios afectar negativamente la oración de contrición, o de confesión? Quizá podríamos llegar a la conclusión de que nuestro pecado en última instancia es responsabilidad de Dios y que nuestra confesión es una acusación de culpabilidad contra Dios mismo. Todo verdadero cristiano sabe que no puede culpar a Dios por su pecado. Puede que uno no entienda la relación entre la soberanía divina y la responsabilidad humana, pero sí me doy cuenta de que lo que brota de la maldad de mi propio corazón no puede atribuirse a la voluntad de Dios. Así que debemos orar porque somos culpables, implorando el perdón del Santo a quien hemos ofendido.

¿Cambia algo realmente la oración?

¿Pero qué podemos decir de la intercesión y la súplica? Es agradable hablar de los beneficios religiosos, espirituales, y psicológicos (y cualquier otra cosa que podría derivar de la oración), pero, ¿qué decir de la verdadera pregunta?: ¿hace alguna diferencia la oración? ¿Cambia algo realmente? Alguien me hizo una vez esa

pregunta, solo que en palabras levemente distintas: “¿La oración hace que Dios cambie de parecer?”. Mi respuesta desató tormentas de protestas. Simplemente dije “no”. Ahora bien, si esa persona me hubiese preguntado si la oración cambia las cosas, yo le habría contestado “¡por supuesto!”.

La Biblia dice que hay ciertas cosas que Dios ha decretado desde la eternidad. Tales cosas sucederán inevitablemente. Si tú oraras individualmente o si tú y yo uniéramos fuerzas en oración, o si todos los cristianos del mundo orásemos colectivamente, eso no cambiaría lo que Dios, en su consejo oculto, ha determinado hacer. Si decidiéramos orar para que Jesús no regrese, aun así él regresaría. Aunque quizá tú preguntarás: “¿No dice la Biblia que si dos o tres se ponen de acuerdo en algo, lo conseguirán?” Sí, eso dice, pero ese pasaje habla de la disciplina de la iglesia, no de las peticiones de oración. Así que debemos tener en consideración toda la enseñanza bíblica sobre la oración y no aislar un pasaje del resto. Debemos abordar el asunto a la luz de toda la Escritura, evitando una lectura fragmentaria.

Una vez más, alguien podría preguntar: “¿No dice la Biblia de vez en cuando que Dios se arrepiente?”. Sí, el Antiguo Testamento ciertamente lo dice. El libro de Jonás nos dice que Dios “se arrepintió” del juicio que había planeado para la gente de Nínive (Jonás 3:10). Al usar aquí el concepto de arrepentimiento, la Biblia está

describiendo a Dios, quien es Espíritu, en lo que los teólogos llaman lenguaje “antropomórfico”. Obviamente la Biblia no quiere decir que Dios se arrepintiera de la manera que nosotros nos arrepentimos; si así fuera, bien podríamos asumir que Dios había pecado y por lo tanto él mismo necesitaría un salvador. Lo que claramente quiere decir es que Dios retiró la amenaza de juicio de la gente. La palabra hebrea *nacham*, traducida como “arrepentirse” en la Reina Valera Contemporánea, en este caso significa “confortado” o “aliviado”. Dios fue confortado y se sintió aliviado de que el pueblo se hubiera vuelto de su pecado, y por lo tanto él revocó la sentencia de juicio que había impuesto.

Cuando Dios coloca su espada de juicio sobre la cabeza de las personas, y éstas se arrepienten y entonces él retira su juicio, ¿ha cambiado de parecer realmente?

El parecer de Dios no cambia porque Dios no cambia. Las *cosas* cambian, y cambian según su soberana voluntad, la cual él ejerce por medios secundarios y actividades secundarias. La oración de su pueblo es uno de los medios que él utiliza para llevar a cabo las cosas en este mundo. Así que si tú me preguntas si la oración cambia las cosas, yo respondo sin titubear “¡sí!”.

Es imposible saber cuánto de la historia humana refleja la intervención inmediata de Dios y cuánto revela a Dios obrando por medio de agentes humanos. El ejemplo favorito de Calvino al respecto era el libro de Job. Los

sabeos y los caldeos se habían llevado los asnos y camellos de Job. ¿Por qué? Porque Satanás había instigado sus corazones a hacerlo. ¿Pero por qué? Porque Dios le había dado permiso a Satanás para probar la fidelidad de Job como él deseara, excepto que no tomara la vida de Job. ¿Por qué Dios había convenido tal cosa? Por tres motivos: 1) acallar las calumnias de Satanás; 2) vindicarse a sí mismo; y 3) vindicar a Job de las calumnias de Satanás. Todas estas razones son justificaciones totalmente íntegras para los actos de Dios.

Por el contrario, el propósito de Satanás al instigar a estos dos grupos era hacer que Job blasfemara de Dios, un motivo absolutamente malvado. Pero observamos que Satanás no realizó algo sobrenatural para lograr sus objetivos. Él escogió agentes humanos —los sabeos y los caldeos, quienes eran malvados por naturaleza— para robar los animales de Job. Los sabeos y los caldeos eran conocidos por su estilo de vida de robo y homicidio. La voluntad de ellos estaba involucrada, pero no había coerción. El propósito de Dios se cumplió a través de sus malvadas acciones.

Los sabeos y los caldeos tuvieron libertad de elegir, pero para ellos, como para nosotros, la libertad siempre significa libertad dentro de ciertos límites. Sin embargo, no debemos confundir libertad humana con autonomía humana. Siempre habrá un conflicto entre soberanía divina y autonomía humana. Nunca hay conflicto entre soberanía

divina y libertad humana. La Biblia dice que el ser humano es libre, pero no es una ley autónoma para sí mismo.

Supongamos que los sabeos y los caldeos hubiesen orado: “No nos dejes caer en tentación, sino líbranos del maligno”. Estoy totalmente seguro de que los animales de Job habrían sido robados de todos modos, pero no necesariamente por los sabeos o los caldeos. Quizá Dios habría decidido responder a su oración, pero habría usado algún otro agente para robar los animales de Job. Hay libertad dentro de ciertos límites, y dentro de esos límites, nuestras oraciones pueden cambiar las cosas. La Escritura nos dice que Elías, mediante la oración, impidió que lloviera. Esta comprensión de la soberanía divina no lo disuadió de orar.

Las oraciones del Hijo de Dios

Ningún ser humano ha tenido alguna vez una comprensión más profunda de la soberanía divina que Jesús. Ningún ser humano ha orado más fervientemente o más efectivamente. Aun en el Getsemaní, él pidió una opción, una vía distinta. Cuando su petición fue denegada, él se sometió a la voluntad del Padre. La razón exacta por la que oramos es la soberanía de Dios, porque creemos que está dentro del poder de Dios ordenar las cosas conforme a su propósito. Eso es precisamente la

soberanía: ordenar las cosas conforme al propósito de Dios. Así que entonces, ¿la oración hace que Dios cambie de parecer? No. ¿La oración cambia las cosas? Sí, por supuesto.

La promesa de la Escritura es que "la oración del justo es muy poderosa y efectiva" (Santiago 5:16). El problema es que no somos tan justos. Lo que la oración cambia más a menudo es la maldad y la dureza de nuestro propio corazón. Solo eso sería motivo suficiente para orar, aun si ninguna de las demás razones fuera válida o cierta.

En un sermón titulado "El Altísimo, un Dios que oye la oración", Jonathan Edwards dio dos razones por las que Dios exige oración:

> Con respecto a *Dios*, la oración no es sino un sensible reconocimiento de nuestra dependencia de él para su gloria. Así como él ha hecho todas las cosas para su propia gloria, así también será glorificado y reconocido por sus criaturas; y es pertinente que él así lo exija de aquellos que se sujeten a su misericordia… es un apropiado reconocimiento de nuestra dependencia del poder y la misericordia de Dios para aquello que necesitamos, y no es sino un debido honor rendido al gran Autor y Fuente de todo

bien.

> Con respecto a nosotros, Dios nos exige la oración… La oración ferviente tiende en muchas formas a preparar el corazón. Con esto se suscita un sentido de nuestra necesidad… por el cual la mente está más dispuesta a estimar [su misericordia]… Nuestra oración a Dios puede suscitar en nosotros un adecuado sentido y consideración de nuestra dependencia de Dios para la misericordia que pedimos, y un adecuado ejercicio de fe en la suficiencia de Dios, para que podamos estar preparados para glorificar su nombre cuando recibamos la misericordia. (*The Works of Jonathan Edwards [Carlisle*, Pa.: Banner of Truth Trust, 1974], 2:116. Traducción para este libro).

Todo lo que Dios hace es en primer lugar para su gloria y en segundo lugar para nuestro beneficio. Oramos porque Dios nos ordena que oremos, porque eso lo glorifica, y porque nos beneficia.



El patrón de la oración

Jesús realizó muchos milagros. En el transcurso de su ministerio, él caminó sobre el agua, convirtió agua en vino, sanó enfermos, levantó a los muertos. Como dijo Juan: "Jesús también hizo muchas otras cosas, las cuales, si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir" (Juan 21:25).

Siempre me ha causado asombro que los discípulos no

le preguntaran a Jesús cómo caminar sobre el agua, cómo calmar la tempestad, o cómo hacer cualquiera de sus demás milagros. No obstante, sí le pidieron a Jesús que les enseñara sobre la oración. Nótese que no le pidieron a Jesús que les enseñara *cómo* orar; más bien le rogaron "enséñanos *a* orar" (Lucas 11:1). Estoy seguro de que los discípulos veían claramente la inseparable relación entre el poder que manifestaba Jesús y las horas que pasaba a solas conversando con su Padre.

La instrucción que da Jesús respecto a la oración nos llega desde el Sermón del Monte en Mateo 6 así como de Lucas 11. Jesús introduce sus afirmaciones sobre el patrón para la oración con estas palabras:

> Cuando ores, no seas como los hipócritas, porque a ellos les encanta orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para que la gente los vea; de cierto les digo que con eso ya se han ganado su recompensa. Pero tú, cuando ores, entra en tu aposento, y con la puerta cerrada ora a tu Padre que está en secreto, y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.
>
> Cuando ustedes oren, no sean repetitivos, como los paganos, que piensan que por hablar mucho serán escuchados. No sean

> como ellos, porque su Padre ya sabe de lo que ustedes tienen necesidad, antes de que ustedes le pidan. Por eso, ustedes deben orar así (Mateo 6:5-9).

Nótese que Jesús dijo “ustedes deben orar así”, no “digan esta oración” u “oren con estas palabras”. Existe cierta interrogante sobre si Jesús habrá pretendido que repitiéramos la oración. No estoy atacando el uso del Padrenuestro; ciertamente no tiene nada de malo usarlo en la vida personal del creyente o la vida devocional de la iglesia. No obstante, Jesús no estaba dándonos una oración para recitar tanto como un patrón para mostrarnos la forma de orar. Jesús nos estaba proveyendo un bosquejo de prioridades o las cosas que *deben* ser prioridades en nuestra vida de oración. Veamos las secciones del Padrenuestro una a una.

Padre nuestro

Las primeras dos palabras de la oración son radicales según como están usadas en el Nuevo Testamento. La palabra *Padre* no era la forma básica de dirigirse a Dios que se encontrara en la comunidad del antiguo pacto. Su nombre era inefable; uno no se podía dirigir a él con ningún grado de intimidad. El término *Padre* casi nunca se usaba para hablar de Dios o para dirigirse a él en oración

en el Antiguo Testamento. Pero en el Nuevo Testamento, Jesús nos llevó a una relación íntima con el Padre, rompiendo la división que simbolizaba el velo del templo. Jesús nos dio el incomparable privilegio de llamar a Dios “Padre”.

Jesús fue el primero que se conoce en tomar la oración y convertirla en un discurso personal con Dios. Jesús, quien hablaba arameo, usó la palabra aramea *Abba*, cuya mejor traducción es “Papá” o “Papi”. Casi podemos oír el grito de alarma de los discípulos y ver la mirada de asombro en sus caras: “Jesús, no habrás querido decir eso; ¡no puedes estar hablando en serio! Ni siquiera se nos permite decir el nombre de Dios en voz alta. Ni siquiera lo llamamos *Padre*, ¡mucho menos *Papá*!”.

Es irónico que hoy vivamos en un mundo que asume que Dios es el Padre de todos, que todos los hombres son hermanos. Lo oímos en los clichés “la paternidad de Dios” y “la hermandad de los hombres”. Pero la Escritura en ningún lugar dice que todos los hombres sean nuestros hermanos. Sí dice, no obstante, que todos los hombres son nuestro *prójimo*.

En cierto sentido restringido Dios es el Padre de todos los hombres como el Dador y Sustentador de la vida, el progenitor por excelencia de la raza humana. Pero nada en la Biblia indica que un individuo pueda dirigirse a Dios en un tono familiar. La única excepción es cuando la persona ha sido adoptada en la familia de Dios, habiendo

expresado la fe salvadora en la expiación de Cristo y habiéndose sometido a su señorío. Entonces y solo entonces se le concede a uno el privilegio de llamar a Dios su Padre. A quienes lo recibieron, Dios "les dio el derecho [autoridad, privilegio] de ser hijos de Dios" (Juan 1:12, NVI). Solo entonces Dios llama "hijos" a los hombres. La palabra griega *exousia*, traducida como "derecho", denota la libertad de actuar y la autoridad para esa acción. Llamar a Dios "Padre" sin contar con la debida credencial de filiación es un acto de extrema presunción y arrogancia.

En la introducción al Padrenuestro no encontramos la idea de paternidad y hermandad universales. Esta suposición cultural tácita hace que pasemos por alto lo que Jesús está diciendo. En primer lugar, nadie en el mundo puede dar por sentada la paternidad de Dios. Jesús es la única persona con el derecho último de dirigirse a Dios de esta forma, porque solo Jesús es el *monogenes*, el "unigénito del Padre" (Juan 1:14), quien ha existido desde toda la eternidad en una relación filial única con el Padre.

Si existe una paternidad y una hermandad universales en algún sentido, tendría que ser en el contexto de la discusión de Jesús con los fariseos en Juan 8. Los fariseos aseguraban ser hijos de Abraham, descendientes de Dios por asociación ancestral. Jesús los desafió en este punto, diciéndoles: "Si fueran hijos de Abrahán, harían las obras de Abrahán . Pero ahora intentan matarme; a mí, que les he

dicho la verdad, la cual he escuchado de Dios. Esto no lo hizo Abrahán… Ustedes son de su padre el diablo, y quieren cumplir con los deseos de su padre" (Juan 8:39–40, 44).

Hay una clara distinción entre los hijos de Dios y los hijos del Diablo. Los hijos de Dios oyen su voz y le obedecen. Los hijos del Diablo no escuchan la voz de Dios; le desobedecen haciendo la voluntad de su padre, Satanás. Solo hay dos familias, y todo el mundo pertenece a una de las dos. Ambos grupos, no obstante, tienen una cosa en común. Los miembros de cada familia hacen la voluntad de sus respectivos padres, ya sea Dios o Satanás.

Si recorremos el Nuevo Testamento, investigando quiénes son los hijos de Dios, la respuesta es clara. El Nuevo Testamento no es ni vago ni enigmático en este punto. Romanos 8:14-17a dice lo siguiente:

> Porque los hijos de Dios son todos aquellos que son guiados por el Espíritu de Dios. Pues ustedes no han recibido un espíritu que los esclavice nuevamente al miedo, sino que han recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, somos también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo.

En el verso 14 de este pasaje, la palabra *todos* (*autoi* en griego) está en lo que se denomina forma *enfática* para indicar exclusividad. La mejor traducción del verso es: "Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, *solo* ellos son los hijos de Dios", o "son los *únicos* hijos de Dios". Pablo enseña que es *solo* por el Espíritu Santo que podemos llamar Padre a Dios. La significación de lo anterior en el Nuevo Testamento es que somos hijos, no descendientes ilegítimos, porque estamos en unión con Cristo. Nuestra filiación no es automática; no se hereda y no es una necesidad genética, sino que es más bien derivada. La palabra del Nuevo Testamento para esta transacción es *adopción*. Debido a nuestra relación adoptiva con Dios a través de Cristo, nos convertimos en coherederos con Cristo.

Es solo porque estamos en Cristo y Cristo está en nosotros que tenemos el privilegio de dirigirnos a Dios como nuestro Padre y acercarnos a él en una relación filial. Martín Lutero dijo una vez que si tan solo pudiera comprender las primeras dos palabras del Padrenuestro, nunca volvería a ser el mismo.

La palabra *nuestro* significa que el derecho a llamar a Dios "Padre" no es solo mío. Es un privilegio corporativo que le pertenece a todo el cuerpo de Cristo. Cuando oro, no vengo ante Dios como un individuo aislado, sino como miembro de una familia, una comunidad de santos.

En el cielo

En el tiempo en que Jesús pronunció las palabras del Padrenuestro, había un intenso debate sobre la ubicación precisa de la presencia de Dios. En la discusión entre Jesús y la mujer junto al pozo, Jesús se apresuró en observar que Dios es Espíritu, y como tal no podía ser localizado en un sitio en particular (Juan 4). No estaba ni en el Monte Guerizín, como pensaba la mujer, ni en Jerusalén, como creían algunos judíos.

Ciertamente Dios es omnipresente. No existen restricciones finitas para su divina presencia, y no obstante Cristo habló de la residencia del Padre en el cielo. ¿Por qué? Cristo estaba hablando de la trascendencia de Dios. Puesto que Dios no es parte de este proceso mundano, él no es parte de la naturaleza. No puede ser confinado a una localidad. El Dios al que nos dirigimos está por encima y más allá de los límites finitos del mundo.

La línea inicial del Padrenuestro nos presenta una tensión dinámica. Si bien debemos venir ante el Señor en una actitud de intimidad, aun así hay un elemento de separación. Podemos venir a Dios y llamarlo Padre, pero esta relación filial no nos permite tener el tipo de familiaridad que produce desdén. Hemos de venir con confianza, sí, pero nunca con arrogancia o presunción. "Padre nuestro" habla de la cercanía de Dios, pero "en el

cielo” apunta a su alteridad, su separación. El punto es el siguiente: cuando oramos, debemos recordar quién somos y a quién nos dirigimos.

Santificado sea tu nombre

No importa qué tan cerca nos invite Dios a venir, aún existe un abismo infinito entre nuestra pecaminosidad y su majestad. Él es el celestial; nosotros somos terrenales. Él es perfecto; nosotros imperfectos. Él es infinito; nosotros finitos. Él es santo; nosotros profanos. Jamás debemos olvidar que para nosotros Dios es lo completamente “otro”.

La sagrada “alteridad” de Dios es un hecho que los hijos de Aarón olvidaron, pero solo lo olvidaron una vez. En Levítico 10:1-3 leemos:

> Nadab y Abiú, hijos de Aarón, tomaron cada uno su incensario y pusieron fuego e incienso en ellos, y ofrecieron delante del Señor un fuego extraño, que él nunca les mandó ofrecer. Entonces, de la presencia del Señor salió un fuego que los quemó, y murieron delante del Señor. Entonces Moisés le dijo a Aarón: “A esto se refería el Señor cuando dijo: ‘Seré santificado entre aquellos que se acercan a mí, y en presencia de todo el

pueblo seré glorificado’”.

Dios exige que se lo trate como santo, porque él es santo. Él es celoso de su honra. En este pasaje, él no ruega respeto. Se trata más bien de la constatación de un hecho: “Me tratarán como santo”. Jamás debemos cometer el fatal error de Nadab y Abiú y acercarnos a Dios con una actitud irreverente y descuidada.

Al mirar la primera petición del Padrenuestro, podemos ver que ésta es la primera prioridad de la que habló Jesús. Su petición inicial fue que el nombre de Dios fuera santificado. Es la palabra griega *hagios*, que se traduce literalmente como “santo”. La máxima prioridad del cristiano es ver que el nombre de Dios se mantenga santo, porque él es santo. Si esa fuera la única petición que la comunidad cristiana hiciera, y si los creyentes la hicieran ferviente y regularmente, sospecho que el avivamiento por el que oramos y la reforma que tanto ansiamos se harían realidad al instante. Todo —nuestro trabajo, nuestro ministerio, y todos los aspectos de nuestra vida diaria— experimentaría un cambio.

En el Antiguo Testamento, el propósito expreso de la elección de los israelitas y de sus leyes y ceremonias religiosas y alimentarias era establecerlos como una nación santa, separada de las culturas comunes y corrientes de la antigüedad. ¿Era esto para el honor de ellos? No, era para el honor de *Dios*. El honor de Dios debe convertirse en la obsesión de la comunidad cristiana

de hoy. El honor no debe ser para nuestras organizaciones, nuestras denominaciones, nuestros modos individuales de adoración, ni siquiera nuestras iglesias en particular, sino únicamente para Dios.

Considera las palabras que se nos dan en Ezequiel 36:22 (NVI): “Así dice el Señor omnipotente: ‘Voy a actuar, pero no por ustedes sino por causa de mi santo nombre, que ustedes han profanado entre las naciones por donde han ido’”. Qué gran cambio. La nación elegida para tener el incomparable privilegio de dar a conocer la grandeza de Dios había elegido profanar su nombre públicamente. Dios tuvo que reprenderlos por su traición. A fin de cuentas, nuestros nombres, nuestras organizaciones y nuestros esfuerzos no tienen ningún sentido a menos que honremos el nombre de Dios.

Hoy en día, en nuestro mundo prevalece una terrible falta de temor de Dios. Martín Lutero observó una vez que aquellos que lo rodeaban le hablaban a Dios “como si él fuese un aprendiz de zapatero”. Si eso era cierto en los días de Lutero, ¿cuánto más lo será hoy? Con todo, la máxima prioridad que Jesús estableció es que el nombre de Dios debería ser santificado, honrado y exaltado.

El nombre de Dios es una expresión de quién es él. Nosotros poseemos la imagen de Dios. Allí donde Dios no es respetado, es inevitable que quienes poseen su imagen también sufran una pérdida del respeto.

Venga tu reino

Un motivo central en la Escritura es el reino de Dios. Éste fue el tema principal de la enseñanza y la predicación de Jesús. Él llegó como el cumplimiento del mensaje de Juan el Bautista, el cual era claro, preciso, y sencillo: “Arrepiéntanse, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mateo 3:2).

En el Sermón del Monte, el discurso inaugural de su predicación, Jesús se enfocó en el reino. Debido a este enfoque, el sermón fue más que una simple presentación ética de principios para la vida buena. Jesús estaba hablando de las cualidades del carácter de las personas que viven un estilo de vida redimido dentro del reino de Dios.

El concepto de reino es difícil de entender para los cristianos de América. Nosotros tenemos una democracia, en la que la mera idea de una monarquía es repulsiva. Somos herederos de los revolucionarios que proclamaron: “¡Aquí no serviremos a ningún soberano!”. Nuestras naciones están construidas sobre una resistencia a la soberanía. América ha peleado batallas y guerras enteras para liberarse de la monarquía. ¿Cómo hemos de entender el pensamiento de las personas del Nuevo Testamento que oraban para que el Hijo de David restaurara la monarquía y el trono de Israel?

El Rey ha llegado. Cristo ha sido exaltado y se sienta

a la derecha de Dios y reina como Rey. Pero Jesús no es meramente el Rey espiritual de la iglesia, donde su única responsabilidad es ejercer autoridad sobre nuestra piedad, como si hubiese una separación entre iglesia y estado. Jesús es Rey del universo. Esa es la realidad de la ascensión. Sin embargo, el mundo no cree ni reconoce esta realidad. Aunque ese reinado es un hecho establecido, es *invisible* para el mundo en que vivimos. En el cielo, no hay duda al respecto. En la tierra, existe bastante duda al respecto. Jesús estaba diciendo que debemos orar para que el reino de Dios se vuelva visible en la tierra, que lo invisible se vuelva visible.

La rebelión contra la autoridad de Dios no es nada nuevo o único en nuestro tiempo o en la cultura de Occidente. En el Salmo 2:2-3 leemos: “Los reyes de la tierra hacen alianzas; los caudillos se declaran en contra del Señor y de su Mesías. Y dicen: ‘¡Vamos a quitarnos sus cadenas! ¡Vamos a librarnos de sus ataduras!’”.

¿Cuál es la reacción de Dios a este alzamiento? “El que reina en los cielos se ríe; el Señor se burla de ellos” (Salmo 2:4). Pero Dios no se divierte mucho tiempo, porque en los versos 5-6 leemos: “Pero ya enfurecido, les habla, y con su enojo los deja turbados. ‘Ya he establecido a mi rey sobre el monte Sión, mi lugar santo’”.

El Señor les habla a los que se han rebelado contra él —los involucrados en esta cósmica Declaración de

Independencia— y proclama: “Yo he establecido a mi Rey, he ungido a mi Cristo, y más les vale que se le sometan”. Al seguir leyendo, en el verso 10 aprendemos algo más:

> Ustedes, los reyes: ¡sean prudentes! Y ustedes, los jueces: ¡admitan la corrección! Sirvan al Señor con reverencia… no sea que él se enoje y ustedes perezcan, pues su enojo se enciende de repente. ¡Bienaventurados son los que en él confían!

Los cristianos deben orar para la manifestación del reino de Cristo y el surgimiento de su reino. Si esa es nuestra oración, es nuestra responsabilidad mostrar nuestra lealtad al Rey. La gente no tendrá que adivinar a quién estamos exaltando.

Hágase tu voluntad

Esta frase no está pidiendo que el consejo determinado de Dios se lleve a cabo o que Dios dé comienzo a las cosas que él ha preestablecido desde la eternidad. Más bien estamos orando por obediencia a la voluntad preceptiva revelada de Dios; lo que él nos ha puesto en claro por medio de sus mandamientos. Esta tercera petición es una oración por obediencia de parte

del pueblo de Dios, que quienes conforman el pueblo de Dios obedezcan sus mandamientos.

En la tierra como en el cielo

Los ángeles en la corte de Dios hacen lo que él dice y desea. Su pueblo en la tierra no. Dios es el Hacedor del Pacto; nosotros somos los transgresores del pacto, quienes frecuentemente estamos en una trayectoria de colisión con la voluntad del Padre.

Hay un sentido en el que las primeras tres peticiones están todas diciendo lo mismo. La honra del nombre de Dios, la visibilidad de su reino, y la obediencia a su voluntad son prácticamente el mismo concepto repetido de tres formas distintas. Están inseparablemente relacionadas. Dios es honrado con nuestra obediencia, su reino se hace visible con nuestra obediencia, y evidentemente su voluntad se hace cuando somos obedientes a esa voluntad. Éstas son las prioridades que expuso Jesús.

No deberíamos llegar a toda prisa y con arrogancia a la presencia de Dios y asaltarlo con nuestras mezquinas peticiones, olvidando a quién nos estamos dirigiendo. Debemos asegurarnos de que hemos exaltado apropiadamente al Dios de la Creación. Solo después de que Dios ha sido debidamente honrado, adorado y exaltado, las subsecuentes peticiones del pueblo de Dios

ocupan el lugar que les corresponde.

El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy

Dios provee para su pueblo. Merece la atención que lo que aquí se pide es el pan diario, no el bistec diario o el costillar de primera calidad diario. Dios suple las necesidades, pero no siempre las exquisiteces.

Observemos la experiencia de los israelitas luego de su liberación de la tierra de Egipto. Dios le proveyó el pan al pueblo milagrosamente en forma de maná. ¿Qué sucedió entonces? Primero, ellos dejaron de darle gracias a Dios por su provisión. Segundo, dejaron de pedirle su provisión. Tercero, comenzaron a quejarse de su provisión. Finalmente, comenzaron a recordar lo bien que andaban las cosas en Egipto. Soñaban con los pepinos, los melones, los puerros, y los ajos que habían tenido en Egipto —al mismo tiempo que olvidaban la opresión, las durezas, y las torturas que habían soportado a manos del Faraón. Se quejaban por tener que comer maná al desayuno, maná al almuerzo, y maná en la cena. Los israelitas comían suflé de maná, pastel de maná, merengue de maná, maná cocido, maná horneado, y maná asado. Pronto estaban pidiendo carne a gritos. En Números 11:18-19 se nos relata esta historia:

> Pero dile al pueblo que se santifique para

> mañana. Ustedes van a comer carne, pues han llorado ante mí y han dicho: "¡Cómo quisiéramos que alguien nos diera a comer carne! La verdad, ¡nos iba mejor en Egipto!" Así que yo, el Señor, voy a darles a comer carne. Y no la comerán un día ni dos; ni cinco, diez o veinte días, sino todo un mes, hasta que les salga por las narices, y se harten de comerla.

Dios dijo: "Si quieren carne, carne les voy a dar, y van a comer carne hasta el hastío".
Una de las cosas que delata nuestra condición caída es el concepto del hombre que se hace a sí mismo, alguien que se arroga el mérito por la abundancia de sus bienes y olvida la Fuente de todas sus provisiones. Debemos recordar que a fin de cuentas es Dios quien nos da todo lo que tenemos.

Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores

Ésta es una oración extremadamente peligrosa de pronunciar, pero contiene un principio que el Nuevo Testamento se toma muy en serio. La advertencia suprema de Jesús es que Dios nos juzgará según cómo juzguemos nosotros a los demás. Si el ser humano es salvo por

gracia, ¿qué mejor evidencia de la salvación de un hombre podría haber que su muestra a los demás de la gracia que él mismo ha recibido? Si tal gracia no es evidente en nuestras vidas, sería válido cuestionar la autenticidad de nuestra presunta conversión.

Debemos tomar a Dios en serio en este punto. En Mateo 18:23-35, Jesús relata la historia de dos hombres que debían dinero. Uno debía alrededor de 10 millones de dólares y el otro debía unos 18 dólares. El hombre al que se le debía la enorme cantidad perdonó a su deudor. Éste, en cambio, no quiso perdonar al hombre que le debía la mísera suma de 18 dólares.

Lo más interesante es que ambos hombres pidieron lo mismo: más tiempo, no una total condonación de la deuda. Era irrisorio que el hombre con la deuda extremadamente elevada pidiera más tiempo, pues aun para los actuales estándares salariales la cantidad adeudada era una cifra astronómica. El pago diario de entonces era aproximadamente 18 centavos. El hombre con la deuda pequeña podría haberla pagado en tres meses. Su solicitud de más tiempo no era descabellada, pero su acreedor, en lugar de expresar el perdón que había recibido, comenzó a hostigarlo. El punto debería quedar claro. Nuestras ofensas mutuas y las ofensas que la gente comete contra nosotros son como una deuda de 18 dólares, mientras que las innumerables ofensas que hemos cometido contra Dios el Señor son como la deuda de 10 millones de dólares.

Jonathan Edwards, en su famoso sermón "La justicia de Dios y la condenación de los pecadores", dijo que cada pecado es más o menos atroz dependiendo del honor y la majestad de aquél a quien hemos ofendido. Puesto que Dios posee honor infinito, majestad infinita, y santidad infinita, el más leve pecado tiene consecuencias infinitas. Los pecados aparentemente triviales son nada menos que una "traición cósmica" vistos a la luz del gran Rey contra el que hemos pecado. Somos deudores que no pueden pagar, y no obstante hemos sido liberados de la amenaza de la prisión por deuda. Es un insulto a Dios que neguemos el perdón y la gracia a quienes nos lo piden, y al mismo tiempo afirmemos que nosotros mismos hemos sido perdonados y salvados por gracia.

Hay otro punto importante a considerar aquí. Incluso en nuestro acto de perdón no hay mérito. No podemos elogiarnos delante de Dios y reclamar perdón meramente porque le hemos mostrado perdón a alguien más. Nuestro perdón de ninguna manera obliga a Dios con nosotros. Lucas 17:10 señala claramente que no hay mérito ni siquiera en la mejor de nuestras buenas obras: "Así también ustedes, cuando hayan hecho todo lo que se les ha ordenado, digan: 'Somos siervos inútiles, no hemos hecho más que cumplir con nuestro deber'".

Nada merecemos por nuestra obediencia, porque la obediencia —aun al nivel de la perfección— es el requisito mínimo de un ciudadano del reino de Dios.

Habiendo cumplido con ese deber, lo único que podríamos reclamar sería una ausencia de castigo, pero por cierto ninguna recompensa, porque solo habríamos hecho lo que se esperaba que hiciéramos. La obediencia nunca califica como un servicio "más allá del deber". Sin embargo, no hemos obedecido; hemos pecado gravemente. Por lo tanto, estamos meramente en una situación de postrarnos ante Dios y suplicar su perdón. Pero si lo hacemos, debemos estar preparados para mostrar nosotros mismos ese perdón; de lo contrario, nuestra posición en Cristo pende de un hilo. Lo que Jesús está diciendo, en el fondo, es esto: "Las personas perdonadas perdonan a los demás". No nos atrevamos a pretender ser poseedores de su vida y naturaleza y al mismo tiempo fallar en exhibir esa vida y naturaleza.

Para profundizar en esta idea, si Dios ha perdonado a alguien, ¿podemos nosotros hacer menos? Sería increíble pensar que nosotros, que somos tan culpables, rehusáramos perdonar a alguien que ha sido perdonado por Dios, quien está completamente libre de culpa. Debemos ser espejos de la gracia para los demás, reflejar aquello que nosotros mismos hemos recibido. De esta forma, se aplica la Regla de Oro en términos prácticos.

El perdón no es un asunto privado sino corporativo. El cuerpo de Cristo es un grupo de personas que viven a diario en el contexto del perdón. Lo que nos distingue es el hecho de que somos pecadores perdonados. Jesús llama

la atención no solo a los elementos horizontales en la petición, sino también los verticales. Debemos orar diariamente por el perdón de nuestros pecados.

Algunos quizá pregunten en este punto: “Si Dios ya nos ha perdonado, ¿por qué deberíamos pedir perdón? ¿No está mal pedir algo que él ya nos ha dado?”. La respuesta última a preguntas como ésta siempre es la misma. Lo hacemos porque Dios lo ordena. 1 Juan 1:9 indica que una señal del cristiano es su continua petición de perdón. El tiempo verbal en griego indica un proceso continuo. El deseo de perdón pone al cristiano en una situación aparte. El incrédulo racionaliza su pecaminosidad, pero el cristiano es sensible a su carencia de mérito. La confesión ocupa una porción significativa de su tiempo de oración.

En lo personal, me parece un poco aterrador pedirle a Dios que nos perdone en la medida en que nosotros perdonamos a otros. Es casi como pedirle justicia a Dios. Yo solía advertirles a mis alumnos: “No le pidan a Dios justicia. Podrían conseguirla”. Si, en efecto, Dios me perdonara en una *proporción exacta* a mi disposición a perdonar a los demás, yo estaría en graves problemas.

El mandato de perdonar a los demás como nosotros hemos sido perdonados se aplica también a la cuestión de perdonarse a sí mismo. Tenemos la promesa de Dios de que cuando le confesamos nuestros pecados, él nos perdona. Desafortunadamente, no siempre creemos esa

promesa. La confesión requiere humildad en dos niveles. El primer nivel es la admisión de la culpa propiamente tal; el segundo nivel es la humilde aceptación del perdón.

Una vez me visitó una mujer desconcertada por un problema de culpa y me dijo: “Le he pedido a Dios que me perdone por este pecado una y otra vez, pero sigo sintiéndome culpable. ¿Qué puedo hacer?”. La situación no implicaba la repetición constante del mismo pecado, sino la constante confesión de un pecado cometido una vez.

“Debes orar una vez más y pedirle a Dios que te perdone”, le respondí. En sus ojos apareció una mirada de impaciente frustración. “¡Pero ya lo he hecho!”, exclamó. “Le he pedido a Dios una y otra vez que me perdone. ¿Qué gano con pedírselo de nuevo?”.

En mi respuesta, apliqué con firmeza la proverbial fuerza de la vara a la cabeza de la mula: “No estoy sugiriendo que le pidas perdón a Dios por aquel pecado. Te estoy pidiendo que busques perdón por tu arrogancia”.

La mujer no podía creer lo que oía. “¿Arrogancia? ¿Qué arrogancia?”. Ella asumía que su reiterada súplica de perdón era una prueba positiva de su humildad. Ella estaba tan contrita por su pecado que sentía que debía arrepentirse de él eternamente. Pensaba que su pecado era demasiado grande para ser perdonado con una dosis de arrepentimiento. Que los demás se las arreglen con la gracia; ella iba a sufrir por su pecado sin importar cuánta

gracia pudiera ofrecer Dios. El orgullo le había puesto una barrera a la aceptación del perdón en esta mujer. Cuando Dios nos promete que nos perdonará, insultamos su integridad cuando rehusamos aceptarlo. Perdonarnos a nosotros mismos después de que Dios nos ha perdonado es un deber tanto como un privilegio.

No nos metas en tentación, Sino líbranos del mal

A primera vista, pareciera que esta sección del Padrenuestro consta de dos peticiones separadas, pero no es así. Está hecha siguiendo la forma literaria del paralelismo usado en el Antiguo Testamento: dos formas distintas de decir una misma cosa. Jesús no está sugiriendo que Dios nos tentará al mal si no le pedimos lo contrario. Santiago 1:13 dice específicamente que Dios no tienta a nadie. Dios puede *probar*, pero nunca *tienta* al mal. Una prueba es para crecimiento; la tentación tiende al mal.

No toda tentación es de Satanás, porque Santiago dice que también somos tentados por nuestra lujuria. El mal inherente dentro del corazón del hombre es capaz de tentar al ser humano sin la ayuda de Satanás.

La súplica de evitar la tentación y la petición de liberación del mal son una misma cosa. La versión Reina Valera no es la mejor traducción de este texto, porque el

mal del que habla Jesús no es el mal en el sentido general. En griego, la palabra traducida como "mal" es de género neutro; en esta sección del Padrenuestro, la palabra está en género masculino. Jesús estaba diciendo que deberíamos pedirle al Padre que nos libere del *Maligno*, de las arremetidas que Lutero llamó los "descontrolados asaltos de Satanás", el enemigo que quiere destruir la obra de Cristo en este mundo.

Jesús nos estaba diciendo que le pidamos al Padre que construya una valla a nuestro alrededor. La petición no pretende evitar las pruebas de este mundo, sino protegernos de la abierta exposición a los ataques de Satanás. En su "Oración Sumosacerdotal", Jesús le pidió al Padre, no que sacara a los discípulos del mundo, sino más bien "que los protejas del maligno [*poneros*]" (Juan 17:15, NVI).

En esta petición, pedimos la presencia redentora de Dios. Sin esa presencia, somos presa fácil para el enemigo. Pensemos en el entusiasta Pedro, cuando había terminado de recitarle a Jesús el extremo de su compromiso, la profundidad de su amor y devoción, y la intensidad de su lealtad. Jesús, mirándolo y previendo su negación, dijo: "Simón, Simón, Satanás ha pedido sacudirlos a ustedes como si fueran trigo; pero yo he rogado por ti, para que no te falte la fe" (Lucas 22:31-32). En otras palabras, Jesús le dijo a Pedro que por su cuenta él sería masilla en las manos de Satanás. Si no fuese por

la intercesión de Cristo a favor de Pedro, éste se habría perdido; su fe habría fallado.

No solo tenemos a Jesús para que interceda por nosotros para protegernos del enemigo, sino que nosotros mismos debemos pedirle a Dios que nos mantenga a salvo de las manos del enemigo.

En seis peticiones, Jesús bosquejó el patrón y las prioridades para nuestra vida de oración. El cierre tradicional del Padrenuestro —"Porque tuyo es el reino, el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén."— no aparece en los mejores manuscritos. Muy probablemente no aparecía en el texto original, sino que era una conclusión de las oraciones común en la iglesia primitiva. Sin embargo, es un final apropiado y verdadero. Vuelve la atención al comienzo de la oración, elevando una doxología a Aquel que escucha nuestras peticiones.



Capítulo Cuatro

La práctica de la oración

El Padrenuestro fue dado a la iglesia en respuesta a la petición de los discípulos de que Jesús les enseñara a orar. En el magistral ejemplo del Padrenuestro, vemos las prioridades de la oración. También podemos detectar un patrón de oración, un movimiento fluido que comienza con la adoración y avanza finalmente a la petición y la súplica.

El acróstico "A-C-A-S" es útil como patrón para la

oración. Cada letra del acróstico representa un elemento vital de la oración efectiva:

A – ADORACIÓN
C – CONFESIÓN
A – AGRADECIMIENTO
S – SÚPLICA

La oración tiene una dimensión dinámica. La oración es acción. Aun cuando puede expresarse en un espíritu de silenciosa quietud, es acción de cualquier modo. Cuando oramos, no somos observadores pasivos o neutrales, no somos espectadores indiferentes. En el ejercicio de la oración se gasta energía.

La Biblia nos dice que "la oración *fervorosa* del justo tiene mucho poder" (Santiago 5:16, DHH; énfasis añadido). El fervor caracterizó la agonía de Jesús en el Getsemaní, donde su sudor caía al suelo como gotas de sangre. El fervor describe la lucha de Jacob con el ángel en Peniel durante toda la noche. La oración es un ejercicio de pasión, no de indiferencia.

Jesús contó la parábola de la viuda persistente que llevaba su caso a un juez injusto. El juez, un hombre sin escrúpulos ni consideración por hombres ni por Dios, escuchó los ruegos de la viuda. No fue movido por un repentino impulso de compasión, sino más bien se hartó de las repetidas súplicas de la mujer. En una palabra, la mujer se volvió un fastidio, y puso al juez en acción con

su incesante importunación.

La idea de la parábola no es que Dios sea indiferente a nuestras necesidades y deba ser importunado si queremos que nos escuche. No se trata de un paralelo entre el juez injusto y Dios, el Juez perfectamente justo. Es un contraste. Jesús a menudo usa el motivo "cuánto más" en sus parábolas. Aquí él afirma: "¿Acaso Dios no les hará justicia a sus elegidos, que día y noche claman a él?" (Lucas 18:7). El punto de comparación/contraste es éste: si un injusto juez humano escucha la petición de una mujer ferviente, *¿cuánto más* oirá nuestras peticiones nuestro justo Juez celestial?

La persistente mujer se vincula a los santos que *claman* día y noche. Como el Rey David, cuya almohada estaba empapada con sus lágrimas, los santos vienen a Dios con emoción genuina, aun con lágrimas.

El fervor es un elemento apropiado de la oración activa. No así el frenesí. Existe una delgada línea entre ambos. Ambos comportan pasión; ambos están cargados de emoción. El fervor se convierte en frenesí en dos puntos: el mental y el emocional. El fervor se vuelve frenesí cuando la mente deja de pensar y las emociones brotan sin control. La oración frenética cae en la incoherencia del derviche extático, y Dios no es honrado.

El frenesí, la falsificación del fervor, es un intento artificioso de estimular el fervor piadoso. Aquí se da una advertencia a aquellos que deliberadamente manipulan las

emociones de la gente. En el genuino fervor espiritual hay algo santo, algo soberano que no puede fabricarse artificialmente. Es fácil confundir el fervor con el frenesí, pero la confusión es mortal.

Adoración

Tal como en el patrón del Padrenuestro, la forma más apropiada de comenzar la oración es con adoración. Lamentablemente, lo que a menudo nos mueve a orar son nuestros deseos y necesidades. Vamos a Dios cuando queremos algo de él. Nos apresuramos tanto en mencionar nuestras peticiones y dar a conocer nuestras necesidades (que Dios ya conoce) que omitimos completamente la adoración o pasamos por ella a la ligera y rutinariamente.

Omitir la adoración es quitarle el corazón a la oración. Una cosa es ser ferviente en la súplica, especialmente cuando se ora en una trinchera; otra distinta es ser ferviente en la adoración. Las oraciones de los grandes santos, los guerreros de oración de la historia de la iglesia, están marcadas por su ferviente adoración a Dios.

Que Dios no permita que alguna vez cuestionemos la enseñanza de Cristo, pero debo confesar que me sorprende al menos medianamente la respuesta de Jesús a la petición de los discípulos sobre la oración. Cuando ellos dijeron “enséñanos a orar”, yo habría anticipado una

respuesta de sus labios distinta a la que dio a modo del Padrenuestro. Yo habría anticipado una respuesta más o menos así: "¿Quieren aprender a orar? Lean los Salmos".

Me sorprende que Jesús no refiriera a los discípulos a los Salmos. Allí no solo encontramos el corazón de David expuesto, sino también un tesoro de adoración divinamente inspirado lleno de modelos para que nosotros sigamos.

Nuestro titubeo y debilidad para expresar adoración quizá tenga dos causas básicas. La primera es simplemente nuestra falta de un vocabulario apropiado. Tendemos a quedarnos sin palabras cuando se trata de adoración. Fue Edgar Allan Poe quien dijo que la prosa es un vehículo más adecuado que la poesía para comunicar instrucción. El objetivo de la poesía es elevar el alma a encumbradas alturas. No es de extrañar que los Salmos estén escritos en forma poética. Aquí se alcanzan las más encumbradas alturas de expresión verbal al servicio de la alabanza del alma a Dios.

Muchas personas en el movimiento carismático han declarado que una de las principales razones de su búsqueda del don de lenguas es un agudo deseo de superar o eludir la deficiencia de un vocabulario empobrecido a través de un lenguaje especial de oración. La gente a menudo siente que su propio lenguaje es inadecuado para expresar adoración. Este sentido de ineptitud por tener que usar las mismas palabras trilladas y descoloridas

causa frustración. Una mirada similar es la que expresa Charles Wesley en su himno "¡Oh!, que tuviera lenguas mil". El himno se queja de que la limitación a una lengua es un lamentable obstáculo para la alabanza, que solo se soluciona con la adición de otras novecientas noventa y nueve lenguas.

Los Salmos fueron escritos en un vocabulario simple pero potente por medio del cual el corazón de varios escritores expresó su reverencia a Dios *sin excluir la mente*. Al abrir su boca, los salmistas pronunciaron alabanza. La alabanza fue dada bajo la inspiración del Espíritu Santo, sin duda, pero por hombres cuya mente estaba sumergida en las cosas de Dios.

Otra gran barrera para expresar alabanza es la ignorancia. No sufrimos tanto de un vocabulario limitado como de una limitada comprensión de Aquel a quien adoramos. Nuestra adoración sufre también de una falta de conocimiento de Dios.

Consideremos al adolescente traspasado de amor que le escribe notas amorosas a su enamorada mientras está estudiando. Puede que el joven sea tímido y retraído, pero denle un lápiz y tiempo para reflexionar sobre el objeto de su romance, y de pronto es otro Shakespeare. Ah, puede que las notas sean sensibleras y menos que sofisticadas literariamente, pero palabras no le faltan. El muchacho está enamorado. Su corazón mueve su lápiz.

¿Cómo le escribimos cartas de amor a un Dios

desconocido? ¿De qué manera los labios articulan palabras de alabanza a un nebuloso y anónimo Ser Supremo? Dios es una persona, con una historia personal interminable. Él se nos ha revelado no solo en el glorioso escenario de la naturaleza, sino también en las páginas de la santa Escritura. Si llenamos nuestra mente con su Palabra, nuestros inexpresivos balbuceos se convertirán en acabados modelos de significativa alabanza. Al sumergirnos en los Salmos, no solo adquiriremos nociones sobre cómo alabar, sino que además aumentaremos nuestra comprensión de Aquel a quien estamos alabando.

¿Por qué deberíamos adorarlo? Es nuestro deber como seres humanos hacerlo. Hemos sido llamados a llenar la tierra de la gloria de Dios. Fuimos creados a su imagen para reflejar su gloria; nuestra principal función es engrandecer al Señor. Asimismo, debemos adorarlo, no adularlo, como si quisiéramos "disponerlo" para nuestras súplicas. Vemos que los ángeles del cielo se describen como seres que rodean el trono de Dios con alabanza y adoración.

¿Por qué esta adoración es tan importante para nosotros en términos prácticos? Porque toda la vida del cristiano — que debe ser una vida de obediencia y servicio— es motivada y enriquecida cuando la santidad y la dignidad de Dios se graban en nuestra mente. Antes de que pueda motivarme a hacer algo difícil por alguien,

necesito tener cierta medida de respeto por esa persona. Cuando alguien me pide que vaya al mundo y soporte la persecución y la hostilidad de parte de gente furiosa y contraria, tengo que respetar profundamente a esa persona. Solo entonces esa tarea se vuelve más fácil.

Cuando comenzamos nuestras oraciones con adoración, estamos marcando el tono para venir a Dios en confesión, en agradecimiento, y en súplica. Hebreos 4:16 nos dice que debemos entrar en el Lugar Santísimo *confiadamente*, porque el velo ha sido quitado por la cruz. La espada que blandía el ángel a la entrada del paraíso ha sido quitada. Cristo nos ha dado acceso al Padre. No obstante, si miramos a la historia de la iglesia, las personas han tomado una respetuosa distancia, pensando que Dios permanecía alejado de ellos. La oración se volvió tan formal que la iglesia y su gente reaccionó con igual intensidad en la dirección contraria.

Hoy tenemos la “oración conversacional”. Nuestra plática con Dios es más o menos así: “Eh, hola, Dios. ¿Qué tal? Hoy no me está yendo muy bien, pero… ya sabes, tú y yo, Dios, lo lograremos de alguna forma, ¿sí?”. Este es un acercamiento a Dios más bien liviano. Representa una reacción exagerada al formalismo, pero resulta ser el tipo de informalidad que produce desdén. Pretendiendo eliminar la artificialidad, ha creado el peor género de artificialidad. Cuesta imaginar que algún ser creado tenga la osadía de hablar así con Dios en su

presencia inmediata.

Dios nos ha invitado a venir libremente a su presencia, pero debemos darnos cuenta de que de todas formas venimos ante *Dios*. Al ser confrontado con el mismísimo Señor Dios Todopoderoso, ¿quién podría hablar como si charlara con un amigo en un partido de fútbol? Podemos venir confiadamente, pero nunca con arrogancia, nunca con presunción, nunca con liviandad, como si tratáramos con un igual.

Cuando comenzamos nuestra oración con adoración y alabanza, damos el reconocimiento a Aquel de quien hablamos. No es necesario que la gramática sea perfecta, ni las palabras elevadas y elocuentes, sino que deben reflejar el respeto y honor debidos a Dios. En un sentido, la adoración nos lleva al modo apropiado en el cual confesamos nuestros pecados, damos las gracias, y hacemos nuestras súplicas.

Varios libros recientes nos quieren hacer creer que lo único que tenemos que hacer es seguir ciertos pasos y Dios nos dará cualquier cosa que le pidamos. Los autores dicen, de hecho: "Siga este procedimiento o use estas palabras específicas y tenga por seguro que Dios va a ceder a sus peticiones". Eso no es oración; eso es magia. Eso no es fe sino superstición. Son triquiñuelas que intentan manipular al Dios soberano. Pero quien así ora olvida a quién le está hablando. El Dios soberano no puede ser manipulado, porque él conoce el corazón de

todos los que oran a él. La verdadera oración presupone una actitud de humilde sumisión y adoración al Dios Todopoderoso.

Confesión

Después de expresar adoración, debemos venir a Dios con un corazón de confesión. No tenemos derecho alguno a venir ante Dios, excepto por la obra consumada de Cristo. Por nuestra cuenta, no podemos reclamar derecho alguno al oído de Dios. No tenemos ningún derecho intrínseco a su presencia. Las Escrituras nos dicen que Dios es demasiado santo aun para mirar el pecado. Dios se deleita en las oraciones de los justos, pero en nuestra vida diaria no somos muy justos. No obstante, el Dios al que servimos nos invita a su presencia *a pesar de nuestro pecado*.

En nuestro estudio del Padrenuestro, consideramos algunos de los importantes elementos de la confesión. Como indica el modelo de oración, la confesión debe ser una parte normal de nuestra conversación con Dios. La confesión no es un asunto frívolo en el cual ocuparse solo en momentos y fechas designadas durante el año. La confesión debería ser una actividad diaria para el cristiano, cuyo peregrinaje entero se caracteriza por el espíritu de arrepentimiento. El motivo principal por el que la confesión debe hacerse a diario es que nuestros

pecados contra la ley divina los cometemos a diario. Hacemos cosas que no debemos hacer y dejamos de hacer las cosas que Dios nos ordena que hagamos. Diariamente acumulamos una deuda con Dios. En consecuencia, nuestras oraciones diarias deben incluir actos genuinos de confesión.

No es casualidad que la Iglesia Católica Romana elevara el rito de la penitencia al nivel de un sacramento. Debido a que el sacramento de la penitencia estaba en el ojo del huracán de la Reforma Protestante, entre los protestantes se instaló una reacción negativa contra la penitencia. Fue un típico caso de sobrerreacción, de arrancar el trigo junto con la maleza. Los reformadores no pretendían la eliminación del arrepentimiento y la confesión, sino la reforma de la práctica de estas cosas en la iglesia.

El sacramento católico romano de la penitencia contiene varios elementos: confesión verbal, absolución sacerdotal, y "obras de satisfacción". Estas obras de satisfacción pueden ser tareas rutinarias tales como decir tantos "Avemarías" o "Padrenuestros", o pueden ser actos de penitencia más rigurosos. Las obras de satisfacción están pensadas para acumular "méritos congruentes" para el cristiano penitente, con lo cual se vuelve apropiado que Dios restaure la gracia de la justificación.

Fue este tercer aspecto del sacramento de la penitencia lo que generó tanta controversia en el siglo

XVI. Al parecer de los reformadores, las obras de satisfacción arrojaban una sombra sobre la suficiencia y la eficacia de la acabada obra de satisfacción de Cristo a nuestro favor en la cruz. El mérito congruente del que hablaba Roma oscurecía la doctrina bíblica de la justificación por la sola fe.

En la controversia sobre la penitencia, los reformadores protestantes no repudiaron la importancia de la confesión, y reconocían que confesar los propios pecados a otro ser humano es bíblico. Sin embargo, sí cuestionaron el requerimiento de la confesión a un sacerdote.

El principio de absolución sacerdotal no estaba entre las cuestiones principales. La Iglesia Católica Romana siempre ha enseñado que las palabras sacerdotales *Te absolvo* ("te absuelvo") reciben su fuerza de la promesa de Jesús a la iglesia de que "todo lo que ates en la tierra será atado en los cielos, y todo lo que desates en la tierra será desatado en los cielos" (Mateo 16:19), lo cual le concede al vocero de la iglesia el derecho a pronunciar el perdón de Cristo a las personas penitentes. La Iglesia Católica Romana comprende que el poder de perdonar pecados no reside en última instancia en el sacerdote. El sacerdote es meramente un vocero de Cristo. En la práctica, la absolución sacerdotal difiere muy poco de la "seguridad del perdón" de los ministros protestantes, la cual se da cada domingo desde los púlpitos en todo lugar.

El apóstol Juan nos dice: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad" (1 Juan 1:9). Aquí encontramos la promesa de Dios de perdonar nuestros pecados confesados. Dios nos ordena confesar nuestros pecados y promete perdonar nuestros pecados. Que debemos confesar nuestros pecados a diario está claro. Lo que la confesión significa y lo que implica son asuntos que requieren cierto desarrollo.

Podemos distinguir entre dos tipos de arrepentimiento: *atrición* y *contrición*. La atrición es un arrepentimiento falso, que nunca nos hace aptos para el perdón. Es como el arrepentimiento de un niño atrapado en el acto de desobediencia a su madre y grita "mami, mami, lo siento, por favor no me pegue". La atrición es un arrepentimiento motivado estrictamente por un temor al castigo. El pecador confiesa su pecado a Dios, no por una genuina compunción sino por el deseo de asegurar un boleto de salida del infierno.

El verdadero arrepentimiento refleja *contrición*, una genuina compunción por haber ofendido a Dios. Aquí, el pecador lamenta su pecado, no por la pérdida de una recompensa o por la amenaza del juicio, sino porque ha dañado el honor de Dios.

La Iglesia Católica Romana usa una oración de confesión llamada "Acto de Contrición" para expresar este tipo de arrepentimiento: "Oh Dios mío, me pesa de

todo corazón haberte ofendido. Detesto todos mis pecados por causa de tu justo castigo, pero mucho más por haberte ofendido a ti, oh Dios mío, que eres *tan bueno* y merecedor de todo mi amor. Propongo firmemente, con la ayuda de tu gracia, no pecar más y evitar las ocasiones próximas de pecado”.

Esta oración va más allá de la atrición, el mero temor al castigo, a una piadosa tristeza por haber ofendido a Dios. Nótese que el pecador reconoce que Dios es tan bueno y merecedor de todo nuestro amor. Este reconocimiento acalla todos los intentos de auto-justificación.

La oración incluye una firme declaración de resolver no volver a cometer el pecado, una disposición a abandonar el mal camino y evitar aun la ocasión de cometerlo. También se incluye un humilde reconocimiento de la dependencia de la misericordia y el auxilio divinos.

Desde luego, es posible usar esta oración de manera rutinaria, meramente recitarla como un ejercicio formal sin una sincera compunción. Con todo, las palabras de la oración capturan los elementos de la verdadera contrición.

La contrición ha perdido mucho de su significado en nuestra cultura. No es difícil convencer a las personas de que son pecadoras, porque nadie entre mil va a decir que es perfecto. La respuesta típica es: “Soy pecador, sin duda. Todo el mundo lo es, ¿no? Nadie es perfecto”. Son

pocos, si los hay, los que afirman ser intachables, que han llevado vidas de consecuencia ética, observando la Regla de Oro en toda situación. El problema está en reconocer la intensidad de nuestro pecado, la extrema impiedad de nuestros actos. Puesto que todos somos pecadores y sabemos que compartimos una culpa común, nuestras confesiones tienden a ser superficiales, y suelen no estar caracterizadas por la seriedad o un sentido de urgencia moral.

El Salmo 51, una oración de un pecador contrito pidiendo perdón, fue compuesto por el Rey David tras cometer adulterio con Betsabé. David no se acercó a Dios con excusas. No le pidió a Dios que considerara las circunstancias que produjeron su pecado o la soledad de su posición en el gobierno. David no intentó minimizar la gravedad de su pecado en la presencia de Dios. No hubo racionalizaciones ni intentos de auto-justificarse, elementos tan característicos de las personas culpables.

David dijo: "Yo reconozco mis transgresiones; siempre tengo presente mi pecado… por eso, tu sentencia es justa, y tu juicio, irreprochable" (vv. 3-4, NVI). En otras palabras, David creía que Dios estaba absolutamente justificado si le daba nada más que un castigo absoluto. David mostró lo que Dios ha dicho que no despreciará: un corazón contrito y quebrantado.

David entonces imploró la restauración del favor de Dios: "Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva

la firmeza de mi espíritu. No me alejes de tu presencia ni me quites tu Santo Espíritu. Devuélveme la alegría de tu salvación; que un espíritu obediente me sostenga" (vv. 10-12, NVI). Él comprendía el elemento más esencial de la confesión: total dependencia de la misericordia de Dios. David no podía expiar sus pecados. No había nada que pudiera hacer ni nada que pudiera decir para deshacer lo que había hecho. No había forma de compensar a Dios por el error. David entendía lo que Jesús puso en claro más tarde: que somos deudores que no pueden pagar su deuda.

La confesión es como una declaración de bancarrota. Dios exige perfección. El más mínimo pecado mancha un historial perfecto. Ni todas las "buenas acciones" del mundo pueden quitar la mancha y llevarnos de la imperfección a la perfección. Una vez cometido el pecado, todos estamos en bancarrota moral. Nuestra única esperanza es que ese pecado sea perdonado y cubierto con la expiación de Aquel que es absolutamente perfecto.

Cuando pecamos, nuestra única opción es el arrepentimiento. Sin arrepentimiento no hay perdón. Debemos venir ante Dios en contrición. David lo expresa de esta forma: "Aún si yo te ofreciera sacrificios, no es eso lo que quieres… Los sacrificios que tú quieres son el espíritu quebrantado; tú, Dios mío, no desprecias al corazón contrito y humillado" (Salmo 51:16-17).

Los profundos pensamientos de David revelan aquí su comprensión de lo que muchos personajes del Antiguo

Testamento no lograron entender: que la ofrenda de sacrificios en el templo no ganaba méritos para el pecador. Los sacrificios apuntaban más allá de ellos hacia el Sacrificio perfecto. La expiación perfecta fue ofrecida por el Cordero perfecto sin mancha. La sangre de toros y machos cabríos no quita el pecado. La sangre de Jesús lo hace. Para hacer uso de la expiación de Cristo, para ganar esa cobertura, es preciso venir ante Dios en quebranto y contrición. Los verdaderos sacrificios de Dios son un espíritu quebrantado y un corazón contrito.

Había un importante elemento de sorpresa en la experiencia del perdón de David. Él le había rogado a Dios que lavara su pecado y lo limpiara. En cierto sentido, el perdón nunca debe ser una sorpresa. Nunca debería sorprendernos que Dios cumpla su palabra de perdonar a quienes confiesan su pecado. Dios cumple sus promesas; el ser humano no. Dios es el Hacedor del Pacto; nosotros los transgresores del pacto.

No obstante, mirando el asunto desde otra perspectiva, debemos sorprendernos *cada vez* que experimentamos el perdón. Nunca debemos dar por sentada la misericordia y el perdón de Dios, aun cuando vivimos en una cultura que lo hace. Es aterrador considerar la facilidad con que damos la gracia de Dios por sentada. En ocasiones les hago algunas preguntas a los estudiantes, seminaristas, profesores de seminario, y ministros: "¿Está Dios obligado a ser amoroso? ¿Tiene la obligación de mostrar

perdón y gracia?" Una y otra vez sus respuestas son afirmativas: "Sí, por supuesto, Dios por naturaleza es amoroso. Es esencialmente un Dios de amor. Si no mostrara amor, no sería Dios. Si Dios es Dios, ¡entonces *debe* ser misericordioso!".

¿Debe ser misericordioso? Si Dios debe ser misericordioso, entonces su misericordia ya no es libre o voluntaria. Se ha vuelto obligatoria. Si ese es el caso, ya no es misericordia sino justicia. De Dios nunca se exige que sea misericordioso. Tan pronto como pensemos que Dios está obligado a ser misericordioso, debería encenderse una luz roja en nuestro cerebro que indique que ya no estamos pensando en la misericordia sino en la justicia. Tenemos que hacer algo más que cantar "Sublime gracia"; es necesario que continuamente nos asombremos por la gracia.

Agradecimiento

El agradecimiento debe ser una parte esencial de la oración. Debería estar inseparablemente relacionado con nuestras peticiones de súplica. La Escritura nos dice que vengamos a Dios y le demos a conocer todas nuestras peticiones con acción de gracias. El agradecimiento es un reconocimiento de Dios y sus beneficios. En el Salmo 103:2, David dice: "Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios".

La ingratitud es un asunto grave. La Escritura tiene mucho que decir al respecto. La falta de gratitud es característica tanto de los paganos como de los apóstatas.

En Romanos 1:21, Pablo llama la atención a dos pecados primordiales de los paganos. Él dice: "Pues a pesar de haber conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias". Se puede distinguir entre la gloria y la gratitud, pero no separarlas. El agradecimiento glorifica a Dios, y la ingratitud lo deshonra. Todo lo que tenemos y todo lo que somos se lo debemos en última instancia a la benevolencia de nuestro Creador. Menospreciarlo negándole la debida gratitud es exaltarnos a nosotros mismos y rebajarlo a él.

Se debe distinguir al pagano del apóstata. El pagano nunca ha entrado en la familia de la fe. Es un extraño en la comunidad del pacto. Característico de él es la idolatría y la ingratitud. Un apóstata es alguien que se une a la iglesia, se hace miembro de la comunidad del pacto visible, y luego repudia la iglesia, y la abandona por una vida de licencia mundana. El apóstata es "uno que olvida". Tiene mala memoria.

El encuentro de Jesús con los diez leprosos ilustra la importancia del agradecimiento. Se han predicado innumerables sermones acerca de la sanidad de los diez leprosos enfocados en el tema de la gratitud. La idea central de muchos de estos sermones ha sido que Jesús sanó a 10 leprosos, pero que solo uno de ellos tuvo

gratitud. La única respuesta cortés a tal predicación es llamarla por su nombre: un sinsentido. Es inconcebible que un leproso que soportara la miserable abyección que enfrentaba diariamente en el mundo antiguo no estuviera agradecido por recibir la sanidad instantánea de su terrible enfermedad. Si hubiese sido uno de los leprosos, incluso Adolfo Hitler habría estado agradecido.

El asunto del relato no es la *gratitud* sino la *acción de gracias*. Una cosa es sentirse agradecido; otra distinta es expresarlo. Los leprosos estaban separados de la familia y los amigos. La limpieza instantánea significaba liberación del exilio. Podemos imaginárnoslos extasiados de felicidad, corriendo a casa a abrazar a sus esposas e hijos y a contarles sobre su sanidad. ¿Quién no estaría agradecido? Pero solo uno de ellos retrasó su regreso a casa y se dio el tiempo de *dar* gracias. El relato de Lucas 17 dice: "Entonces uno de ellos, al ver que había sido sanado, volvió alabando a Dios a voz en cuello, y rostro en tierra se arrojó a los pies de Jesús y *le dio las gracias*. Este hombre era samaritano" (vv. 15.16; énfasis añadido).

Todas nuestras oraciones deben incluir agradecimiento. Al igual que el leproso, debemos detenernos, volver y dar las gracias. Estamos tan endeudados con Dios que nunca podemos agotar nuestras oportunidades de expresar gratitud.

El olvido de los beneficios de Dios también es señal del cristiano inmaduro, uno que vive según sus

sentimientos. Está propenso a una vida espiritual de montaña rusa, pasando rápidamente de eufóricas alturas a bajos depresivos. En los momentos altos, percibe un estimulante sentido de la presencia de Dios, pero se precipita a la desesperación en el instante en que percibe una aguda ausencia de tales sensaciones. Vive de bendición en bendición, sufriendo los aguijones de una mala memoria. Vive siempre en el presente, saboreando el "ahora" pero perdiendo de vista lo que Dios ha hecho en el pasado. Su obediencia y servicio solo son tan fuertes como la intensidad de su último recuerdo de bendición.

Si Dios nunca más nos concediera otro atisbo de su gloria en esta vida, si nunca más nos concediera otra petición, si nunca más nos diera otro don de la abundancia de su gracia, aun así estaríamos obligados a pasar el resto de nuestras vidas dándole gracias por lo que ya ha hecho. Ya hemos sido bendecidos lo suficiente como para ser movidos a expresar gratitud diariamente. No obstante, Dios sigue bendiciéndonos.

Súplica

Alguien me dijo una vez: "Habiendo tanta gente que se muere de hambre, quizá no esté bien que yo ore pidiendo una alfombra para mi sala de estar". No obstante, el Dios que se preocupa por los estómagos vacíos del mundo es el mismo Dios que se preocupa por las salas de estar vacías.

Lo que es importante para nosotros también puede ser importante para nuestro Padre. Si no estamos seguros acerca de la rectitud de nuestra petición, deberíamos decírselo a Dios. Santiago 1:5 dice: “Si alguno de ustedes requiere de sabiduría, pídasela a Dios, y él se la dará, pues Dios se la da a todos en abundancia y sin hacer ningún reproche”. La frase griega que se traduce como “sin hacer ningún reproche” significa literalmente “sin echártelo en cara”. No tenemos que temer el reproche de Dios, siempre que estemos buscando sinceramente su voluntad en una situación determinada.

Nada es demasiado grande o demasiado pequeño para ser presentado ante Dios en oración, con tal de que no sea algo que sepamos que es contrario a la voluntad explícita de Dios tal como ha sido esclarecida en su Palabra. Obviamente sería del todo inapropiado pedirle a Dios que nos haga expertos ladrones. No debemos tentar a Dios como el hombre que en una entrevista para la televisión reveló que había hecho un pacto con Dios. Este hombre declaró que le había prometido a Dios que si él bendecía sus dos burdeles, pasaría el resto de su vida sirviéndole.

¿Pero qué tal si nuestras oraciones parecen no tener respuesta? A veces nos parece que a nuestras oraciones les falta fuerza para traspasar el techo. Es como si nuestras peticiones llegaran a oídos sordos, y Dios permaneciera indiferente o despreocupado respecto a nuestro apasionado ruego. ¿Por qué nos acosan estos

sentimientos?

Hay varios motivos por los cuales a veces nos frustramos en la oración. Examinaré algunos de los más importantes:

1. Oramos sobre vagas generalidades. Cuando todas nuestras oraciones son vagas o bien de alcance universal, es difícil que experimentemos la euforia que acompaña a las respuestas claras y evidentes a la oración. Si le pedimos a Dios que “bendiga a todos en el mundo” o que “perdone a todos los del pueblo”, es difícil “ver” la oración contestada en alguna forma concreta. No está mal tener un rango amplio de interés al orar, pero si toda oración es tan general, entonces ninguna oración tendrá una aplicación específica y concreta.
2. Estamos en guerra con Dios. Si no estamos en armonía con Dios o estamos en abierta rebelión contra él, difícil es que podamos esperar que preste oído benevolente a nuestras oraciones. Su oído se inclina hacia quienes lo aman y buscan obedecerle. Dios aleja su oído del malvado. Por lo tanto, una actitud de reverencia hacia Dios es vital para la efectividad de nuestras oraciones.
3. Tendemos a ser impacientes. Cuando oro por paciencia, tiendo a pedirla “¡ahora mismo!”. No es inusual que esperemos años, de hecho décadas, para que nuestras más sinceras peticiones sean

respondidas. Dios rara vez tiene prisa. Por otra parte, nuestra fidelidad a Dios tiende a depender de los actos "ágiles y corteses" de Dios. Si Dios se tarda, nuestra impaciencia da paso a la frustración. Necesitamos aprender la paciencia, pidiéndole a Dios su paz.

4. Tenemos mala memoria. Es fácil que olvidemos los beneficios y dones recibidos de la mano de Dios. La persona piadosa recuerda los dones de Dios y no necesita uno nuevo a cada hora para mantener su fe intacta.

Si bien Dios efectivamente apila gracia sobre gracia, deberíamos ser capaces de alegrarnos por los beneficios de Dios aun si nunca recibiéramos otro beneficio de él. Recuerda al Señor cuando vayas ante él. Él no te dará una piedra cuando le pidas pan.



Capítulo Cinco

Las prohibiciones de la oración

Son muy pocas las prohibiciones concernientes a la oración que encontramos en la Escritura. En el Salmo 66:18, el salmista David escribió estas palabras divinamente inspiradas: "Si en mi corazón hubiera yo abrigado maldad, el Señor no me habría escuchado" (NVI). El verso hebreo también podría traducirse: "Si en mi corazón *tuviera* yo maldad, el Señor no me habría

oído”.

En cualquiera de los casos, David está exponiendo una condición bajo la cual su oración no solo sería inefectiva, sino que no sería escuchada. La palabra hebrea traducida por “abrigar” es *raah*, que meramente significa “ver”. En otras palabras, si miro mi vida y veo pecado y lo fomento, mis oraciones son palabras al viento.

¿Significa esto que si el pecado está presente en nuestra vida, Dios rehúsa escuchar nuestras oraciones? No. Si así fuera, toda oración sería inútil. Sin embargo, si nuestro corazón se endurece en un espíritu de impenitencia, nuestras oraciones no solo son fútiles sino una burla para Dios.

En el Salmo 66, David se recuerda a sí mismo que hay un momento en el que la oración es un acto presumido, arrogante, detestable y repulsivo perpetrado contra el Todopoderoso. Este Salmo abre con diecisiete versos de gozo y alabanza a Dios por sus poderosas hazañas. Entonces, repentinamente, en el verso 18 aparece el sombrío recordatorio de cómo toda la historia podría haber sido drásticamente distinta. Se nos alerta sobre la importancia de acercarse apropiadamente a Dios en oración. Si existe algo peor que no orar, es orar de una manera indigna.

Otras referencias de la Escritura reflejan esta actitud. El Salmo 109:7 sugiere que las oraciones de los malvados deberían considerarse pecado. Juan 9:31 asevera

específicamente que el Señor no escucha a los pecadores. Proverbios 15:29 dice: “El Señor está lejos de los impíos, pero oye la oración de los justos”. Proverbios 28:9 dice que la oración del desobediente o rebelde es una “abominación” al Señor. Es desagradable o repulsiva para él.

No obstante, Santiago nos dice que las oraciones de los hombres *justos* son muy efectivas (5:16). Pero nosotros no somos justos en nuestra vida diaria. Sí, estamos vestidos de la justicia de Cristo, de manera que, en lo que concierne a nuestra posición ante Dios, somos justos. Pero la manifestación práctica de lo que somos en Cristo es tristemente inconsecuente y lamentablemente inadecuada.

Los teólogos a veces definen un concepto diciendo lo que algo *no* dice como también lo que sí dice. Lo que el salmista *no* está diciendo es que si él hubiera sido culpable de pecado, el Señor no lo habría oído. El salmista no está diciendo que si él tuviera pecado en su corazón, Dios no lo habría escuchado.

La confesión es esencial en la oración

David confiesa constantemente el pecado en los Salmos. Sabemos que no está diciendo que uno deba ser santo para orar; de lo contrario, nadie oraría jamás. De hecho, ser pecador es uno de los prerrequisitos para la

entrada al reino de Dios. Jesús dijo que él no vino a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento. Mirando nuevamente el patrón del Padrenuestro, observamos que la confesión es una parte esencial de la oración. Sin la confesión del pecado, dice 1 Juan 1:9, no hay perdón del pecado.

Mi mentor, el Dr. John Gerstner, contaba de una ocasión en una de sus reuniones en la que una mujer le comunicó que llevaba más de veinte años sin pecar. El Dr. Gerstner decía que había sentido lástima por ella porque eso solo podía significar que no había orado por más de veinte años, al menos no de la manera en que el Señor nos dice que oremos.

No estoy sugiriendo que cuanto más pequemos, tanto más calificados estaremos para la oración; esa sería una falsa conclusión, desde luego. Pero confesar el pecado, pedir perdón por nuestras "deudas" o "transgresiones", es una parte esencial de la práctica de la oración, como el Señor mismo lo explicó. En efecto, mientras más piadosos seamos, más devotos nos esforzaremos por ser, y más dolorosamente conscientes de nuestro pecado estaremos. Es muy similar a caminar hacia una montaña. Mientras más nos acercamos a la montaña, más grande se ve.

Piensa en el cuento de hadas "La princesa y la arveja". La princesa se había ido por algún tiempo, y muchos habían intentado reclamar el derecho a su trono. Para probar la verdadera realeza, tramaron un ardid.

Apilaron varios colchones y pusieron una pequeña arveja oculta debajo de todo el montón. Ninguna de las falsas princesas tuvo idea alguna de que había algo allí, pero la verdadera princesa no pudo dormir debido a la extrema incomodidad que le causó la arveja. Ella fue extraordinariamente sensible a la presencia de una diminuta arveja.

La lección para los cristianos debería estar clara. Cuando tenemos ese tipo de sensibilidad al pecado, tenemos sensibilidad real. Cuanto más cerca estamos de Dios, tanto más nos causará una profunda tristeza el más leve pecado.

Podemos estar seguros de que ser culpables de pecado no nos descalifica del privilegio de venir a la presencia de Dios. El salmista no está hablando de cometer pecado, sino de *permitirlo*. Los puritanos hablaban del concepto de permitir el pecado. No es tanto la victoria sobre el pecado lo que tenemos que mirar como la batalla misma. Estamos en una batalla constante contra el pecado, y nunca resultamos ilesos.

Una de las señales del verdadero cristiano es que nunca cesa de luchar. No siempre gana, aunque ganará la batalla definitiva por causa de Cristo. Si una persona llega a rendirse en la batalla, entonces realmente ha aceptado el mal, lo ha legitimado. En una palabra, lo aprueba, incluso lo permite.

En un sermón sobre la primera de las

bienaventuranzas, “Bienaventurados los pobres en espíritu”, el gran predicador inglés Charles Haddon Spurgeon dijo que “el pecador orgulloso quiere a Cristo, y sus propias fiestas; a Cristo y sus propias lujurias; a Cristo y su propia obstinación. ¡Aquel que es verdaderamente pobre en espíritu solo quiere a Cristo, y hará cualquier cosa, y dará cualquier cosa por tenerlo!”. Esto es lo que el Salmo 66 está sugiriendo. La idea misma de una persona intentando orar mientras abriga algún pecado, mientras se aferra a un pecado que no está dispuesto a rendir al señorío de Cristo, arroja una oscura sombra de duda sobre la validez de su condición de hijo.

No permitir ningún “estorbo”

La Escritura cita otras aplicaciones prácticas de este concepto. Primera de Pedro 3:7 dice: “De igual manera, ustedes esposos, sean comprensivos en su vida conyugal, tratando cada uno a su esposa con respeto, ya que como mujer es más delicada, y ambos son herederos del grato don de la vida. Así nada estorbará las oraciones de ustedes” (NVI). La palabra griega traducida como “estorbará” es *ekkepto*, que literalmente significa “cortar”. Si la discordia en la relación marital no es tratada, las oraciones son cortadas. Esto hace eco de la advertencia inicial del Salmo 66.

Un segundo ejemplo se encuentra en Mateo 5:23-24:

“Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve y reconcíliate primero con tu hermano, y después de eso vuelve y presenta tu ofrenda”. Aquí Jesús está diciendo que si en nuestra vida hay conflictos no resueltos, nuestra adoración se mancha. Él está estableciendo prioridades. Primero, debemos hacernos cargo de las cosas que requieren atención; luego debemos venir y ofrecer nuestra adoración. Aunque el pasaje no habla específicamente de la oración, el principio de arreglar las cuentas es constante.

Cuando le pedimos a Dios teniendo pecados no confesados —por lo tanto no perdonados— escondidos en el corazón, somos como el airado estudiante universitario que confrontó a su profesor por una calificación reprobatoria. El profesor escuchó cortésmente las frustraciones del estudiante, pero señaló que, según su honesta estimación profesional, el alumno había recibido la nota que merecía. El estudiante replicó que no solo él sino varios otros compañeros sentían que la nota era injusta.

El profesor, a quien le surgió una comprensible curiosidad, preguntó qué creían los compañeros que se debería hacer. En respuesta, el alumno explicó: “Ellos han decidido que usted debe recibir un disparo. Pero hay un pequeño problema. Ninguno de ellos tiene un arma”. El profesor respiró aliviado y expresó su más hondo pesar

por el “aprieto” de estos estudiantes. “Pero *usted* tiene un arma”, le dijo el joven. Entonces este alumno tuvo la osadía de preguntarle al amable profesor si le podía prestar su propia arma para que los estudiantes le dispararan.

Con similar osadía, si vemos maldad en nuestras vidas y la albergamos en nuestro corazón cuando oramos, le estamos pidiendo a Dios la fortaleza que necesitamos para maldecirlo. Le estamos pidiendo más fortaleza para seguir desobedeciéndole. Así como el profesor no tenía intenciones de prestar su arma a quienes querían matarlo, Dios no tiene intenciones de atender a nuestras peticiones hechas con un corazón pecaminoso.



Capítulo Seis

El poder de la oración

Es conmovedora la letanía de la fe que encontramos en el capítulo once del libro de Hebreos. Allí encontramos la "Nómina de la Fe", que cataloga los heroicos actos de hombres y mujeres de fe de la Biblia. Sus hechos en parte se condensan en los versos 33 y 34: "Por la fe conquistaron reinos, impartieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, escaparon del filo de la espada, sacaron

fuerzas de flaqueza, llegaron a ser poderosos en batallas y pusieron en fuga a ejércitos extranjeros”.

La Escritura no presenta un catálogo similar de los héroes de la oración, pero resultaría fácil compilar una lista de ese tipo. Usando el mismo formato del escritor de Hebreos, examinemos una lista parcial de los logros de la oración:

- Por la oración, el corazón de Esaú fue cambiado respecto a Jacob, de tal modo que se reunieron de manera amistosa más bien que hostil (Génesis 32).
- Por la oración de Moisés, Dios envió plagas sobre Egipto y luego las quitó (Éxodo 7-11).
- Por la oración, Josué hizo que el sol se detuviera (Josué 10)
- Por la oración, cuando Sansón estaba a punto de morir de sed, Dios sacó agua de un pozo para su sustento (Jueces 15).
- Por la oración, la fortaleza de Sansón fue restaurada. Derribó el templo de Dagón sobre los filisteos, de manera que los que mató al morir fueron más que todos los que había matado en su vida (Jueces 16).
- Por la oración, Elías contuvo la lluvia durante tres años y medio. Luego, por la oración hizo llover nuevamente (1 Reyes 17-18).
- Por la oración de Ezequías, Dios envió un ángel y en una noche mató a 185.000 hombres del ejército de

Senaquerib (2 Reyes 19).

- Por la oración de Asa, Dios confundió el ejército de Zera (2 Crónicas 14).

El tiempo me faltaría para contar de Abraham, quien oró por un hijo y lo recibió a la edad de cien años; y Moisés, quien recibió ayuda en el Mar Rojo; y los israelitas, que fueron liberados de Egipto después de mucha oración; y David, quien escapó de la traición de Saul por la oración; y Salomón, quien recibió gran sabiduría a consecuencia de la oración; y Daniel, quien pudo interpretar sueños después de orar. Hubo personas libradas del peligro, sanadas de enfermedades, vieron a sus seres queridos sanados, y presenciaron innumerables milagros como consecuencia de la ferviente oración.

Si algo hacía Santiago, era mesurar la realidad cuando escribió que la oración del justo es poderosa y eficaz (5:16).

Las condiciones de las promesas

El poder de la oración no es automático ni mágico. Las promesas de la Biblia concernientes a la oración van unidas a ciertas condiciones. A veces, Jesús utiliza una especie de "taquigrafía", y comunica breves aforismos acerca de la oración para alentar a su pueblo a practicarla. Recordemos declaraciones tales como:

“Pidan, y se les dará” (Mateo 7:7); “si en este mundo dos de ustedes se ponen de acuerdo en lo que piden, mi Padre, que está en los cielos, se lo concederá” (Mateo 18:19); y “si ustedes creen, todo lo que pidan en oración lo recibirán” (Mateo 21:22).

Los resúmenes taquigráficos como éstos han suscitado insólitas teorías de la oración. Esto ocurre cuando la gente aísla estos pasajes de todo lo demás que dicen Jesús y la Biblia acerca de la oración. Las distorsiones también abundan cuando abordamos estos aforismos de manera simplista. Consideremos la declaración acerca de las dos personas que se ponen de acuerdo. No costaría mucho encontrar a dos cristianos que concuerden en que eliminar la guerra o el cáncer del mundo sería una buena idea. Sin embargo, su oración sobre este asunto no realizaría automáticamente su deseo. La Palabra de Dios indica que la guerra y la enfermedad estarán presentes al regreso de Cristo. Esperar su eliminación absoluta antes del tiempo designado es echar mano a las promesas de Dios prematuramente.

Aún debemos sufrir los estragos del pecado, la enfermedad, y la muerte. Nosotros le rogamos a Dios que nos conforte, nos libre, nos sane —pero no podemos exigir estas cosas de una manera absoluta.

La idea de que Dios “siempre quiere sanar” ha sido una destructiva distorsión en la comunidad cristiana. Los problemas pastorales que esto acarrea son enormes. Una

vez se me acercó un joven afligido por una parálisis cerebral. Su fe cristiana era vibrante, su actitud era contagiosa con agradable optimismo, y su productividad era excepcional. Se había graduado de la universidad con un excelente historial. La pregunta que me hizo era punzante: “Dr. Sproul, ¿cree usted que estoy poseído por demonios?”. La pregunta iba acompañada de lágrimas. Habían convertido la vida del hombre en un caos.

Aterrado por esta pregunta, le respondí: “¿Por qué siquiera harías una pregunta como esa?”.

El joven procedió a relatar una serie de sucesos gatillados por un encuentro con algunos amigos cristianos que habían “reclamado” la promesa de la Escritura y se habían “puesto de acuerdo” en que el joven fuera sanado de la parálisis cerebral. Le habían impuesto las manos, haciendo la “oración de fe” y reclamado sanidad para él. Cuando se hizo evidente que no había sido sanado, primero lo reprendieron por su falta de fe. Luego afirmaron que era culpable de algún oscuro pecado secreto que bloqueaba la sanidad. Finalmente, concluyeron que estaba poseído por demonios y lo dejaron con una tortura en el alma. Sus “amigos” nunca consideraron que el error podía ser de ellos. Habían causado la impresión de ser cristianos fervorosos y espirituales. Sus acciones revelaban, en el mejor de los casos, inmadurez; en el peor, arrogancia y presunción.

La oración no es magia. Dios no es un mozo celestial a

nuestra entera disposición presto a satisfacer cada uno de nuestros antojos. En algunos casos, nuestras oraciones deben comportar un esfuerzo del alma y agonía del corazón tal como Jesús mismo experimentó en el Huerto de Getsemaní. A veces el cristiano inmaduro sufre amargas decepciones, no porque Dios fallara en el cumplimiento de sus promesas, sino porque cristianos bienintencionados hicieron promesas “por” Dios que Dios mismo nunca autorizó.

Los resúmenes simples que da Jesús tienen el propósito de alentarnos a orar. El patrón parece simple. Debemos pedir y recibiremos. Sin embargo, el Nuevo Testamento expande las condiciones, dándonos una mirada más completa de lo que implica la oración eficaz:

1. Juan 9:31. “Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, pero que si alguno es temeroso de Dios y hace su voluntad, a ése sí lo escucha”.
2. Juan 14:13. “Todo lo que pidan al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo”.
3. Juan 15:7. “Si permanecen en mí, y mis palabras permanecen en ustedes, pidan todo lo que quieran, y se les concederá”.
4. 1 Juan 3:22. “Recibiremos de él todo lo que le pidamos, porque obedecemos sus mandamientos, y hacemos las cosas que le son agradables”.

5. 1 Juan 5:14. “Y ésta es la confianza que tenemos en él: si pedimos algo según su voluntad, él nos oye”.

Como revelan estos pasajes, recibir de Dios lo que deseamos conlleva más que meramente pedir. No basta con la confianza en Dios. Debe haber una adecuada reverencia hacia Dios, obediencia a su voluntad, y una continua comunión con Cristo. La petición debe hacerse en conformidad con la voluntad revelada de Dios, y en conformidad con su naturaleza y carácter.

La Biblia nos exige que oremos “en el nombre de Jesús”. La invocación del nombre de Jesús no es un encantamiento mágico; su significación es más profunda. En la cultura en la que se escribió la Biblia, el nombre de una persona indicaba sus atributos y su carácter. Pedir algo en el nombre de Jesús no es añadir una frase al final de una oración. Más bien significa que creemos que nuestra petición va dirigida a nuestro Gran Sumo Sacerdote, nuestro Intercesor.

Hemos visto que hay ciertos prerrequisitos que debemos seguir al orar. Si pedimos algo, debemos confiar en Dios, sabiendo que nuestra petición está en conformidad con la voluntad del Padre y la naturaleza y el propósito de Cristo. Debemos tener una apropiada reverencia hacia Dios, así como la seguridad de que estamos siendo obedientes a lo que él nos ha revelado. Debemos mantener una continua (si bien imperfecta) comunión con Cristo. Después de que hemos cumplido

con todos los prerrequisitos, podemos tener confianza de que nuestras oraciones serán respondidas. La cuestión crucial que se debe observar es que si cumplimos con estos prerrequisitos, no pediremos nada ajeno a la voluntad de Dios.

Otra razón por la que nuestras oraciones no siempre son respondidas como deseamos se nos da en Santiago 4:3. Se nos dice que no tenemos lo que pedimos porque pedimos por motivos indebidos; pedimos en oración cosas que nos permitirían entregarnos a placeres malvados. Dios no nos dará cosas que nosotros usaríamos inadecuadamente. Tampoco va a responder a peticiones hechas desde la ignorancia, las cuales resultarían desastrosas.

Moisés es un excelente ejemplo. En Éxodo 33:18, él ora: “Te ruego que me muestres tu gloria”. Moisés ha hablado con Dios. Ha visto a Dios hacer numerosos milagros: la zarza ardiente, las plagas, la división del Mar Rojo. Pero ahora Moisés quiere lo más grande: “Dios, las otras cosas fueron grandiosas, pero ahora permíteme tenerlo todo. ¡Permíteme ver tu rostro!”.

En los versos 19 y 20, Dios dice: “Voy a hacer que todo mi bien pase delante de ti, y delante de ti voy a proclamar mi nombre, que es EL SEÑOR. Porque soy misericordioso con quien quiero ser misericordioso, y soy clemente con quien quiero ser clemente… Mi rostro no podrás verlo, porque nadie puede ver mi rostro y seguir

viviendo”.

Dios le estaba haciendo un gigantesco favor a Moisés al rehusar atender su petición. Si Dios le hubiera concedido el deseo a Moisés, le habría costado la vida. Ningún hombre puede ver a Dios y seguir vivo. Moisés debió haberse alegrado de que Dios dijera “no”.

Otra razón por la que no logramos ver las respuestas deseadas a nuestras oraciones puede ser que estemos orando por cosas que ya tenemos en Cristo. En Juan 4, Jesús habla con la mujer junto al pozo. Él le dice que si ella se diera cuenta de con quién estaba hablando, habría sabido qué pedir. Lo mismo nos ocurre a nosotros. Si realmente supiéramos quién es Dios y todo lo que nos ha dado en Cristo, nuestra vida de oración sería muy distinta a como es.

El poder del intercesor

La oración es la función sacerdotal de llevar una petición a Dios. En los tiempos del Antiguo Testamento, dos principales clases de mediadores funcionaban entre Dios y su pueblo: los profetas y los sacerdotes. En palabras simples, el profeta estaba ordenado por Dios para hablar su divina Palabra al pueblo. El profeta hablaba al pueblo de parte de Dios. A la inversa, el sacerdote estaba ordenado por Dios para ser un vocero del pueblo. El sacerdote hablaba a Dios de parte del

pueblo.

En el Nuevo Testamento, Cristo ejerce no solo los oficios de Profeta y Sacerdote, sino también de Rey. En su rol sacerdotal, él hizo el sacrificio perfecto, ofreciendo la expiación perfecta de una vez para siempre. No obstante, la cruz no fue el final del oficio sacerdotal de Cristo. En su ascensión, él entró al Lugar Santísimo celestial, donde sigue actuando como nuestro Gran Sumo Sacerdote. Allí él ora por su pueblo, intercediendo al Padre en nuestro favor. El poder de las oraciones de Cristo es inmensurable. Puede ilustrarse no solo en los milagros que realizó en la tierra, sino también en sus oraciones de intercesión durante su ministerio terrenal.

Consideremos los casos de Judas y Simón Pedro. Ambos fueron discípulos que habían cometido atroces actos de traición contra Jesús en su momento más aciago. Judas se suicidó, mientras que Simón fue restaurado y se convirtió en la "Roca" de la iglesia primitiva en Jerusalén. ¿Por qué?

Una diferencia crucial entre estos hombres puede observarse en los anuncios de Jesús de la futura traición de ellos. Acerca de Judas dijo: "De cierto, de cierto les digo, que uno de ustedes me va a entregar" (Juan 13:21). Cuando los discípulos le pidieron a Jesús que identificara al traidor, respondió: "Es aquel a quien yo le dé el pan mojado" (v. 26). Entonces Jesús mojó el pan, se lo dio a Judas, y le dijo: "Lo que vas a hacer, hazlo pronto" (v.

27).

Más tarde aquella noche, en su gran oración de intercesión, Jesús dijo: “Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los cuidaba en tu nombre; a los que me diste, yo los cuidé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliera” (Juan 17:12). Aquí Jesús oró *acerca* de Judas, pero no *por* Judas, y lo llamó el “hijo de perdición”.

En el caso de la negación de Pedro, Jesús le anunció: “Simón, Simón, Satanás ha pedido sacudirlos a ustedes como si fueran trigo; pero yo he rogado por ti, para que no te falte la fe. Y tú, cuando hayas vuelto, deberás confirmar a tus hermanos” (Lucas 22:31-32).

Nótese que Jesús no dijo: “Si vuelves, confirma a tus hermanos”, sino: “Cuando hayas vuelto”. Jesús estaba seguro de la restauración de Pedro. Es inevitable la conclusión de que la confianza de Jesús se debía en gran medida a sus anteriores palabras: “Pero yo he rogado por ti”.

Jesús oró *acerca* de Judas. Él oró *por* Simón Pedro. Hizo intercesión por Pedro. Actuó como el sacerdote de Pedro. En este preciso momento, Cristo está actuando como nuestro sumo sacerdote, intercediendo por nosotros.

Ésta es la jubilosa conclusión del autor de Hebreos en 4:14-16:

> Por lo tanto, y ya que en Jesús, el Hijo de

> Dios, tenemos un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, retengamos nuestra profesión de fe. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo de la misma manera que nosotros, aunque sin pecado. Por tanto, acerquémonos confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para cuando necesitemos ayuda.

Que estas palabras se conviertan en vida para nuestra alma en tanto nos apropiamos de ellas.

Acceso al poder de la oración

La oración requiere estructura, pero no a costa de la espontaneidad. He intentado dar una orientación para evitar dañinas trampas en nuestro peregrinaje. Ningún director de banda les dice a sus músicos que toquen lo que les venga al corazón y luego espera escuchar el himno nacional. Debe haber orden, y el procedimiento debe ser regulado de algún modo. No obstante, queda lugar para la autoexpresión individual dentro de los límites de la reverencia y el orden.

¿Por qué oramos?

- Oramos porque Dios lo ha ordenado y porque él es

glorificado cuando oramos.

- Oramos porque ello prepara nuestro corazón para lo que recibiremos de él.
- Oramos porque mediante la oración se logran muchas cosas.
- Oramos para adorar a Dios, para alabarlo, para expresar nuestro asombro ante su majestad, su soberanía, y sus poderosos actos.
- Oramos para confesarle a Dios nuestros pecados, que son numerosos, y para experimentar gracia, misericordia, y perdón de su mano.
- Oramos para agradecerle por todo lo que Dios es y todo lo que ha hecho.
- Oramos para darle a conocer nuestras súplicas, para cumplir la invitación que él nos ha dejado.

Cuando oramos, debemos recordar quién es Dios y quiénes somos delante de él. Debemos recordar en primer lugar que el nombre de Dios debe mantenerse santo. Debemos recordar que él es la fuente de nuestra provisión y que todas las cosas buenas vienen de él. Debemos vivir de manera tal que hagamos visible el reino de Dios en este mundo. Debemos confesar regularmente nuestros pecados, porque esa es una de las señales más indubitables del cristiano. Debemos orar para que Dios nos proteja del maligno.

Siempre debemos recordar que Dios es Dios y no le debe nada a ningún hombre. Como dice el salmista: "Él hace todo lo que quiere hacer" (Salmo 115:3). Hemos sido invitados a venir confiadamente ante Dios, pero nunca con liviandad, arrogancia o presunción. Eclesiastés 5:2 nos recuerda que no debemos apresurarnos "a decir nada delante de Dios, porque Dios está en el cielo y tú estás en la tierra".

Finalmente, si existe un secreto para aprender a orar, no es distinto al de cualquier otro emprendimiento. Para volvernos expertos en cualquier cosa, debemos practicar. Si queremos aprender a orar, entonces debemos orar; y seguir orando.

Acerca del autor

El Dr. R. C. Sproul es el fundador y director de Ligonier Ministries, un ministerio multimedia internacional con sede en Sanford, Florida. Él también se desempeña como co-pastor en Saint Andrew's, una congregación reformada en Sanford, y como rector del Reformation Bible College, y su enseñanza puede escucharse en todo el mundo en el programa de radio diario *Renewing Your Mind*.

Durante su distinguida carrera académica, el Dr. Sproul contribuyó a la formación de hombres para el ministerio como profesor en varios seminarios teológicos.

El Dr. Sproul es autor de más de noventa libros, entre ellos, *The Holiness of God*, *Chosen by God*, *The Invisible Hand*, *Faith Alone*, *Everyone's a Theologian*, *Truths We Confess*, *The Truth of the Cross*, y *The Prayer of the Lord*. También trabajó como editor general de la Biblia *The Reformation Study Bible*, y ha escrito varios libros para niños, entre ellos *The Donkey Who Carried a King*.

El Dr. Sproul y su esposa, Vesta, residen en Sanford, Florida.